

JORNADAS

31

MEDARDO VITIER

La lección de Varona

308
J88
No.31
Ej.1

EL COLEGIO DE MEXICO
Centro de Estudios Sociales

EL COLEGIO DE MEXICO

SEVILLA, 30

MEXICO, D. F.

JUNTA DE GOBIERNO

Alfonso Reyes, *Presidente*; Eduardo Villaseñor; Gustavo Baz; Gonzalo Robles; Enrique Arreguín Jr.; Daniel Cosío Villegas, *Secretario*.

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES

Director: Dr. José Medina Echavarría

CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS

Director: Dr. Silvio Zavala

308

SEM J88

No. 31

ej. 1

74792

Vitier, Medardo
La Lección de Varona.



13743
302/cm
c

JORNADAS, órgano del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México, nació al calor de un seminario colectivo sobre la guerra que celebró dicho Centro en 1943. La publicación se prosiguió durante los meses siguientes para reflejar la labor realizada en otro seminario sobre los problemas de América Latina. Cubiertas estas dos etapas, JORNADAS va a convertirse ahora en lo que había de ser desde un principio: en órgano expresivo permanente del Centro de Estudios Sociales del Colegio y no ya sólo de actividades circunstanciales suyas.

Ante el nuevo carácter de JORNADAS, conviene fijar en breves palabras el sentido que quiere imprimirse a la publicación, las razones que empujan a emprenderla.

Es un tópico que ha llegado ya de los círculos científicos a los medios populares, que nuestro siglo es o debe ser el siglo de la ciencia social, por razón del desequilibrio hoy existente entre nuestro saber científico sobre la naturaleza y nuestro saber científico sobre el hombre y su actividad. Los resultados de la labor de las pasadas centurias, especialmente de la última, en el dominio de la ciencia natural, son hoy tangibles para todos y le han otorgado a nuestra vida un poder sobre los fenómenos naturales como nunca antes se soñara. En cambio, el pensamiento racional y científico apenas comienza a conquistar lo que nos es más próximo: nuestra propia vida y su organización. Los acontecimientos actuales prueban de qué manera el dominio de la naturaleza, la ciencia y la técnica, se frustran y son adversos al hombre cuando éste no maneja todavía otros instrumentos que guíen su propio destino. Nada más necesario hoy que el tratamiento científico, es decir, racional y objetivo, de las cuestiones humanas, pues el futuro de nuestra civilización, de toda posible civilización, en las presentes circunstancias, depende de que se puedan dominar, o no, la naturaleza

EL COLEGIO DE MEXICO



3 905 0013935 3



humana la vida social en un grado semejante a como nos es dado regular la naturaleza física. JORNADAS se propone ante todo mantener despierta la conciencia de este problema y coadyuvar con todas sus energías a los esfuerzos ya emprendidos para llegar a su solución.

Ahora bien, las cuestiones humanas no pueden ser tratadas en el vacío; surgen problemas, dificultades y conflictos ofrecidos en circunstancias y momentos determinados, y la investigación científica de los mismos sólo tiene sentido si sus resultados resuelven la situación problemática, despejan la dificultad o atenúan el conflicto, liberando al hombre de su angustiada presión. Esto quiere decir que no son las teorías las que determinan los problemas, sino éstos los que deben dar lugar al pensamiento teórico y, además, que no puede entenderse ni solucionarse ningún problema de la vida humana si lo desprendemos de su contexto o circunstancialidad. El olvido de este punto de partida elemental es quizá el responsable de la situación de atraso de las ciencias del hombre, como también de que las disciplinas sociales arrastren una pesada herencia de teorías que ya no responden a ninguna cuestión auténtica.

Asimilando el sentido de esa perspectiva, en las JORNADAS no se desdeñará, en modo alguno, el pensamiento social teórico actual, cualquiera que sea el punto del horizonte de donde proceda, y a su discusión y examen habrá que concederle atención cuidadosa; pero, en lo posible, sometiéndolo a la prueba de su validez para nuestros medios. En una palabra, lo que interesa de un modo fundamental son: a) las cuestiones humanas en su específica circunstancialidad americana, y b) los problemas “nuestros” que exigen una meditación teórica y una solución práctica.

En consecuencia, no se rechaza la consideración de las teorías y resultados de la ciencia social en general; pero se cree que la verdadera tarea intransferible está en estudiar y hacer que se estudien las cuestiones específicas de la facción latina del continente americano, de modo que soluciones y teorías no provengan de una importación

más o menos afortunada, sino que broten de la investigación misma de nuestras situaciones problemáticas peculiares.

La tragedia de Europa al privarnos de su producción intelectual y científica, siempre recibida con la sugestión de su viejo prestigio, nos obliga a un doble esfuerzo, que conviene que sea lo más consciente posible: por una parte, a que pensemos por nosotros mismos y sin andaderas y, por otra, a que meditemos hasta qué punto todo lo que nos viene del otro lado del Atlántico merece ser aceptado y asimilado y si no ha perdido aquel continente en más de algún punto el derecho al respeto que se le otorgaba sin discusión. Y pensando muy en particular en "nuestra América", estamos convencidos de que ésta ha de ponerse enérgicamente a pensar en sí misma en su propio destino y a aprovechar lo que es un triste momento para conquistar definitivamente, sin renunciar a ninguna herencia valiosa, su autonomía cultural.

En cuestiones sociales y políticas es esto tanto más urgente cuanto mayor es la sospecha de que lo que se nos ofrece por varios lados no es dádiva generosa sino velado instrumento de dominación. Y sólo podremos mantenernos relativamente inmunes de las consecuencias sociales y culturales de las tremendas luchas de poder, hoy en juego, si conservamos la serenidad intelectual y el conocimiento preciso y objetivo de los hechos. Una visión acertada de nuestro presente y nuestro futuro es lo único que puede permitirnos sacar ventajas, incluso de lo que parecen adversas constelaciones.

Dentro de la dirección general antes esbozada, las JORNADAS del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México quieren presentar un amplio marco a la colaboración: desde las cuestiones filosóficas conexas, hasta los estudios de la ciencia social más particular y especializada; pero viendo también dibujados dentro de ese marco estos tres propósitos fundamentales: 1) exponer el estado actual de la ciencia, de conocimiento imprescindible, como punto de partida; 2) examinar y discutir, en particular, los problemas peculiares de la ciencia en nuestros países, y 3) contribuir en lo posible al desarrollo de la ciencia social en marcha.

Desde el punto de vista científico, con JORNADAS se intentará fomentar el estudio de las cuestiones marginales y fronterizas de las ciencias tradicionales y académicas, que es donde se encuentran hoy día los problemas auténticos de la ciencia social futura. Y desde el punto de vista político, en su mejor sentido, conseguir el conocimiento recíproco de los pueblos de nuestra América, manteniendo así viva y real la conciencia de su común destino.

MEDARDO VITIER

LA LECCION DE VARONA

*Open access edition funded by the National Endowment
for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation
Humanities Open Book Program.*



*The text of this book is licensed under a Creative Commons
Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0
International License:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>*

JORNADAS - 31
El Colegio de México
Centro de Estudios Sociales
1945

308
J88
no 31
y 1

74792

S U M A R I O

- I. Introducción.
- II. En la vieja ciudad.
- III. El hombre de letras
- IV. Sobre la filosofía en Cuba.
- V. El filósofo.
- VI. El político y el sociólogo.
- VII. El filósofo y el apóstol.
- VIII. Derivaciones.

I

Introducción

Enrique José Varona (1849-1933) cierra con ademán de maestro dos ciclos de tensión cubana. Sí, porque no sólo culmina en su obra la marcha del pensamiento filosófico que inicia el Padre José Agustín Caballero en los años finales del siglo XVIII, sino que, fuera de esa zona de la cultura, Varona es también el término de una gran tradición: la de los cubanos guadores, preocupados por la suerte del país.

Nos interesa por esa doble significación: la de su enseñanza en filosofía y la de su tesonera actuación pública. En lo primero (hemos de verlo), a pesar de una maciza elaboración, no alcanza hoy mucha vigencia; en lo segundo, está vivo su mensaje.

Lo apuntado sumariamente dice ya, sin más, que tiene nuestro hombre singular relieve en la hechura cubana (de las minorías). Al proponérselo como asunto de este *essay*, recuerdo sus palabras cuando apreció el libro de don Manuel Sanguily sobre José de la Luz: “El hombre es el eterno espectáculo del hombre”.

Murió ayer mismo, muy cierto; pero como vivió tanto, buena parte de sus escritos pertenecen al siglo pasado y la visión empieza a parecerse lejana. Podemos juzgarlo con cierta ventaja de perspectiva. Además, y fuera de lo cronológico, su mentalidad halla filiación en idearios del siglo XIX, no obstante aquella vigilancia suya que lo llevaba a enterarse de las últimas corrientes. Veremos, con todo, que su gran capacidad de simpatía tuvo excepciones.

En los altibajos de la República se ha evidenciado cuánta razón había en las advertencias del gran preocupado. Eso es: advirtió por-

que previó. . . Fue así el afán del articulista. Gustaba del escrito breve, a veces con densidad de ensayo. Dígalo la colección titulada *De la colonia a la República*. Cada vacilación, cada tropiezo, cada error de nuestra vida pública, halla su expresión en esos artículos de renovada actualidad.

No se detuvo en temas específicamente hispanoamericanos, como Rodó (cuyo auge disminuye) o como José Vasconcelos, aunque en *El fracaso colonial de España*, la onda se dilata y toca problemas, razas, civilizaciones. Y cuando, en 1915, nos grita que “la colonia se nos viene encima”, como vengándose de la Independencia, el punto nada tiene de cosa aislada con respecto a las Repúblicas hermanas.

Los libros de Varona han circulado poco en el mundo español. La edición oficial en curso de publicación difundirá más la obra del mentor, pero ésta necesita que alguna de las grandes editoriales de la América hispana forme volúmenes pequeños con la parte de mayor alcance y de más validez actual —conferencias, estudios críticos, artículos.

Los cursos de filosofía sólo interesan al estudioso, o al especialista, o al historiador del pensamiento en América, a más de haber sido, claro está, superados desde 1900, si no antes.

Sabido es que Rodó pensó en escribir sobre don Enrique José. No lo hizo al cabo. Parece que fantaseó la imagen de la noble figura y advirtió en ella no sabemos qué afinidad con el Próspero de *Ariel*. De fijo que el ensayista uruguayo no leyó sino escasa porción de la obra de Varona, aunque debemos suponer que no hubiera escrito lo que proyectó sin allegar nuevos materiales. Lástima que no pasara la conciencia de este cubano por la prosa de Rodó, en la que lucen hombres tan disímiles como el ecuatoriano Montalvo y el argentino don Juan María Gutiérrez. Pero aquella intención del meditador de *Motivos de Proteo* ya vinculó los dos espíritus, muy desiguales ellos también, como no sea en la preocupación por lo humano.

Unamuno dijo de Rodó, cuando lo vio en España: “Es el hombre más triste que he visto”. Recogió la frase José María Chacón y Calvo,

a quien expresó don Miguel esa idea. Varona explicó un día, en disertación que se ha perdido, lo que llamó *Mi escepticismo*. Y fueron uno y otro alentadores. Testigos los dos de las perennes zozobras del espíritu en la historia y en lo subjetivo individual, poseían la estoica voluntad de un *corpus* de creencias. No alienta quien no cree. En tal o cual creencia se refugia el ánimo y desde allí hace señales.

En el caso de Varona, sus credos jamás se dilataban hasta la ribera de lo suprasensible. Se limitaban a la esfera de las instituciones, del derecho positivo, de los valores de la cultura, y en fin, de esa especie de unidad que forman los mejores contenidos de lo humano al trasmitirse de siglo en siglo. Genuino humanismo, sin que lo penetrara religiosidad alguna. Del otro, del humanismo literario, clásico, veníanle también no pocas corrientes, bien discernibles a veces. Pero la economía general de su pensamiento denunciaba, sobre todo, las direcciones cardinales del espíritu moderno, según puntualizaré en estas páginas.

II

En la vieja ciudad

En Camagüey, la vieja Santa María de Puerto Príncipe, ciudad interior, muy atrasada, con escasas comunicaciones a mediados del siglo XIX, nació Varona en 1849. Atraso en cuanto a notas de vida urbana moderna. Por lo demás, perduraban allí buenas esencias hispánicas, en la hidalga condición de los moradores, en las costumbres, en el uso del idioma. Además había bibliotecas privadas de considerable número de obras escogidas. Varona leyó allí los clásicos españoles siendo un adolescente, y de muy joven, libros europeos fundamentales. Hasta bien pasados sus veinte años residió en su ciudad natal. Su famoso curso de filosofía, en La Habana, data de 1880.

De modo que no exageraríamos al afirmar que cuando se trasladó a la capital se había formado ya, en líneas muy sustantivas de su hechura.

Era Camagüey, señora en la llanura, y de economía pecuaria y forestal, ciudad de tradiciones, en sus ferias, en el aliento católico de sus numerosos templos, en leyendas de la fundación española. Mas las otras, esto es, las tradiciones específicamente cubanas, existían hacia 1850. De modo que de niño, por 1860, pudo el futuro pensador y patricio escuchar en las veladas del hogar el relato de heroicos episodios y enterarse de la acción civilizadora de *El Lugareño*, otro gran prócer camagüeyano, a la vez que aprendía de memoria los versos de la Avellaneda. Ella también, cuando a sus veintidós años dejó la arcaica ciudad, estaba sustancialmente formada, al menos en lecturas españolas y en el sesgo lírico de sus cantos.

Volviendo a lo de las bibliotecas, se sabe que algunas familias las poseían; pero es punto de historia local (*interna*, no de peripecias ruidosas), y está por esclarecer y fijar la medida en que contribuyó a aquel nivel de cultura la inmigración dominicana. En Santiago, en Camagüey, en Matanzas se avicindaron no pocos dominicanos distinguidos en la primera mitad del siglo, a causa de turbulencias políticas bien conocidas. Lo testifican todavía descendientes de los Lavastida, Pichardo, Campuzano, Heredia. . .

De los clásicos españoles no hay duda. No he podido saber qué libros fuertes leyó Varona en Camagüey, fuera de disciplinas literarias. Todo parece indicar que encontró allí algunos y encargó otros a La Habana o al extranjero. No es mera curiosidad, ya que el dato iluminaría un momento de los más fecundos en la vida intelectual cubana.

Importa, además, porque Varona no es caso de madurez tardía, como los hay. La prosa de sus veintiocho o treinta años no la supera después a no ser en pasajes. La orientación de su pensamiento filosófico la decide a esa edad y no la cambia jamás, si bien, por supuesto, con más medios, en cuanto a bibliotecas y trato con gente estudiosa, acrecentó luego su saber. La observación debe reiterarse y subrayarse: a los treinta años, de los cuales más de veinte pasa en Camagüey, Varo-

na produce sus cursos orgánicos de filosofía, y a los treinta y tres su conferencia sobre Cervantes, que marca una nueva dirección crítica, en Cuba, desde luego, y quizá si en el mundo español. No se trata de hazañas raras, mas eso, en América, con las dificultades a que aludo, merece atención.

Por otra parte, tanto en Camagüey (salvo la enseñanza primaria) como en La Habana, fue Varona un autodidacto. ¿Quién le enseñó filosofía? Ni maestros europeos, ni bibliografía puntual, ni cursos en la Universidad. La que en ésta se estudiaba, él la denunció en su impugnación *La metafísica en la universidad*. Certera dirección propia, sin duda, para leer fuentes y autoridades. Temprana madurez mental, de tal suerte que en el curso de Lógica (1880) su criterio es tamiz por donde pasan depurándose de inexactitudes, o excesos, o juicios oscuros, las principales doctrinas que le eran contemporáneas.

He leído hace poco la aserción —atinada en lo general— de que el autodidacto es impetuoso, quiere conclusiones, está ávido de adoc-trinar. Puede ser esa una característica frecuente y explicable. No la muestra Varona, cuya ponderación y cautela lo acompañan siempre. Y es que si no ha escuchado a los altos maestros, los ha leído, y sobre todo, que su organización mental era reacia a toda aventura. De ahí, cabalmente, vamos a derivar una de sus mejores lecciones.

Autodidactos y enciclopédicos han tenido que ser algunos, grandes hombres de nuestra América. Lo fue Bello después que salió de Caracas y se dio a largas pesquisas en bibliotecas europeas; lo fue Sarmiento en Chile. En este último caso, es cierto, sólo las lumbres geniales del recio argentino salvan sus escritos, donde las lagunas y el desorden evidencian la impreparación y la prisa. Bello en cambio, como no se enamoró de la acción, culminó en un genuino maestro.

Camagüey, decíamos. . . Pues bien, al viajero que visite por primera vez la ciudad, lo impresionan las vetustas torres de iglesias seculares. Cada templo guarda sus tradiciones. Hay calles tortuosas, plazas abandonadas, casonas coloniales, rincones silenciosos. Antaño la hombría de los coetáneos de Varona era proverbial y se ejemplifi-

caba, de una vez, en figuras como la de Ignacio Agramonte. La devoción católica era signo camagüeyano. Sin embargo, ni por el camino de la acción brava ni por el de la religiosidad se orientó nuestro hombre. Ni combatiente ni creyente. De su Camagüey natal parece haber asimilado —eso sí— la consistencia, esa voluntad de ser (más que de vivir), que hasta hoy comunica fisonomía a esa región de Cuba.

Sabemos poco de la operación que efectúan en nosotros las fuerzas del medio: las cósmicas y las sociales. Lo atribuimos casi todo a la escuela, a los libros, al trato humano. . . y olvidamos que hay factores no organizados, impalpables, de imperio inexorable. El caso de Varona no es único. La reciedumbre de la región caló en otros compatriotas suyos preocupados por otra forma de servicio. Veremos cómo ni los vaivenes de la política ni el ambiente mundano de la capital, ni los reveses personales quiebran la hermosa solidez moral de don Enrique José. Ni combatió con las armas —aunque fue revolucionario— ni creyó en realidades extraterrenas. Modeló, custodió en sí, la imagen de lo humano que le fueron dibujando su ancestro hispánico, su medio natal, sus vastos estudios, los tipos de sociedad (cubana y universal) de su tiempo, y su individualidad peculiar. No sé si habría que buscar algo fuera de esos cinco factores. Cuando desapareció el viejo, fluía no ya de su espíritu sino de su misma figura toda blanca, la lección de serenidad más bella que ha recibido una generación cubana.

III

El hombre de letras

Las primeras aficiones de Varona en Camagüey fueron literarias. No creo que se desviara de ellas al dedicarse con ahinco a estudios filosóficos. Lo cierto es que en los últimos treinta años de su vida su vigilancia intelectual más constante fue para las letras. A lo menos sus artículos, en notoria mayoría, así lo indican.

CORRIGENDA

P. 15, línea 2, dice: *sacrificio*; debe decir: *edificio*. P. 20, línea 16, dice: *demostrarla*; debe decir: *desmontarla*. P. 27, línea 27, dice: *figura*; debe decir: *finura*. P. 28, línea 7, dice: *firma*; debe decir: *forma*; líneas 9 y ss., debe decir: *entrever el destino del ser y de la vida, que angustia (o consuela) a algunos escritores, aparece como nota diluída, inasible, en cláusulas grávidas...* P. 44, línea 28, dice: *atributo*; debe decir: *tributo*. P. 47, línea 14, dice: *neokantismos*; debe decir: *neokantianos*. P. 66, línea 17, dice: *posterioridad*; debe decir: *posteridad*. P. 67, línea 26, dice: *ocasión*; debe decir: *educación*.

El mismo declaró esa predilección, cuando advertía que todos le llamaban el filósofo. Notó que el sacrificio de la verdad, en filosofía, ha de levantarse sobre los escombros de muchos sistemas, y que el arte, la literatura, alcanzan sentido de perennidad en las obras maestras. Se prendó de la inmortalidad de las formas en la belleza lograda. Por ese rumbo iba la justificación de su explícita preferencia.

Hay casos en que se quiere ser aquello para lo cual no está uno bien dotado. No le ocurre eso a Varona. No ambicionó, que yo sepa, la creación en ciertos géneros, salvo algún poema de su adolescencia, que hoy se recuerda como simple curiosidad bibliográfica. Pero sobresalió en la crítica y su prosa es la de un artista.

Coleccionó sonetos de la época áurea española, experimentó la fruición del erudito —vena que no sería duradera; algo intenta en cosas de lingüística, compone trabajos de literatura comparada, como *El personaje bíblico Caín en las literaturas modernas* (Revista de Cuba, 1877), *Los menecmos de Plauto y sus imitaciones de la fábula de la lechera*, leído en tertulia (1883). Después —y nada menos que hasta 1928— prosiguen los escritos literarios. Muy pocos (las conferencias) son largos. Prefiere por lo común el artículo. Aparecen en diarios y revistas: “La Lucha”, “La Semana”, “Palenque literario”, “Diario de la Marina”, “Cuba Contemporánea”, “Social”. . . Y sobre todo en “El Fígaro”, cuya colección resulta hoy valiosa, entre otras razones, por las páginas de Varona, no todas recogidas en libros.

El antologista de *Ramillete* poético (1869) que escoge, ordena y anota sonetos de la literatura española, ocupábase a la vez, de mozo, en ejercicios humanísticos. Basta recordar sus *Comentarios sobre una oda de Horacio*, que aparecieron en *El Fanal* (1868), en Camagüey. De 1879 datan sus *Paisajes Cubanos* (versos) donde la crítica ha señalado poemitas antológicos como el titulado *Bajo la capa del cielo*. En *Estudios literarios y filosóficos* (1883) conviven trabajos reveladores de las dos dedicaciones de Varona. Sí, dos en realidad, porque la otra, la política, o en tono más universal, la de los valores, late en toda su obra. Sea un libro, un artículo, una conferencia, hay siempre

una preocupación, un sesgo meliorista. Todo lo gravita hacia la pena humana, aunque muy rara vez su palabra se escucha con acentos de profeta o de apóstol. El artículo le sirve bien para ese tono menor suyo. ¿Temeroso de la multitud? ¿Apegado a modos aristocráticos? ¿Reacio a darse, en grito, a las causas eternas? No lo sé por modo resuelto, pero busco por ahí la clave de aquella como distancia que no le impidió, sin embargo, ser por muchos años la voz más respetada en el país. Lo consiguió, sin ser jamás una figura popular.

El gran colombiano don Antonio Gómez Restrepo trazó en dos páginas la silueta mental de Varona. En ese artículo, *La crítica literaria en América* (1931) que se incluye en el *Homenaje* al cubano desaparecido dos años después, aunque no lo subraya Restrepo, observa tres condiciones en Varona que explican la superioridad de su obra: su gusto artístico, su saber literario y sus aptitudes de pensador. Esas páginas del humanista de Bogotá son las que mejor pueden colocarse junto a la que escribió Pedro Henríquez Ureña al saber la muerte de su amigo.

En efecto, y en lo que atañe al crítico, Varona lo es de fina calidad por esas tres notas: conocedor de varias literaturas, cultivador de disciplinas filosóficas y hombre de muy delicada sensibilidad.

Lo primero requiere largo aprendizaje, aun cuando no entre mucho ese estrato humanístico que en nuestra América tuvo tan preeminente lugar hasta la generación de Restrepo y de Varona. Lo segundo, la filosofía (que ahora se entrelaza tanto con la metodología, los problemas y la historia de las ciencias) es zona de recorrido indispensable, por la concepción del mundo y de la vida, por lo sensibles que nos hace a los valores, y en fin, por los hábitos de ponderación que nos crea. La literatura, sin más, no forma críticos. Lo tercero, la capacidad artística, es, desde luego, lo más individual en esos tres elementos. No es cosa que se aprende. Afinarse, sí.

Buen papel juegan en los trabajos críticos de Varona esas direcciones de su formación y de su temperamento. La conferencia sobre Cervantes (vimos ya que es de 1883) se anticipa a métodos que culmi-

nan en libros como *El pensamiento de Cervantes*, de don Américo Castro. Hay allí un intento, cuando menos, de reorientar los modos de estimación estética. Las viejas preceptivas que desembocan en el dogmatismo literario, convierten los géneros en especies fijas, y sobre todo, predicán cierta ortodoxia de los modelos y una rutinaria observancia de las reglas. La crítica guiada por todo eso contribuye muy poco a que lectores y estudiantes gocen de las bellezas de la novela, del drama, del poema. Al cabo, y aparte de esclarecimientos filológicos, lo esencial es comprender y sentir un libro.

Una crítica regida por cánones y bajo signo de “corrección” no revela los secretos (realidades) que el verdadero escritor le sorprende al fluir de la conciencia y de las cosas. De esa crítica (dizque académica) se desentiende Varona para enjuiciar al novelista español.

La pieza se articula en las siguientes fases: el medio social e histórico de Cervantes; la plenitud a que llegó España en el siglo XVI; las corrientes de la cultura renacentista; los años que pasa en Italia el autor del Quijote; sus reveses personales; un paralelo entre Cervantes y Lope; pintura de la decadencia española; la intuición genial y los originales de don Quijote y Sancho; el engaño y el fracaso en uno y otro.

En la parte estrictamente histórica, Varona emplea la alusión. Es procedimiento suyo. Bello ejemplo de él tenemos en su elogio de Martí. De modo que evita la narración total que puntualiza los hechos, como en libros didácticos. Rehuye la didáctica, y si precisa sucesos, lo hace en rápida mención. El lector enterado asiste a una reconstrucción esquemática. Alude así Varona, y sirva este pasaje para notarlo: *Al frente de ella (habla de la nación) un hombre duro, egoísta, receloso, tardo en discurrir y resolver, y poseído al mismo tiempo de la más desapoderada ambición; estadista que se había propuesto gobernar a sus pueblos por medio de expedientes; político que intentaba dominar la Europa a fuerza de intrigas. En torno suyo y bajo su mano, instrumentos de fácil uso, no consejeros celosos del bien público, no ministros atentos a la grandeza del Estado. Debajo, pueblos mal*

avenidos, deslumbrados aún con algunas empresas hazañosas, pero que comenzaban a advertir que las compraban a costa de sus inmunidades y de su libertad. Los tesoros acumulados por la labor y los esfuerzos de los españoles se dilapidaban por servir a odios personales o dinásticos, y el Erario siempre exhausto era una amenaza permanente para la fortuna de los particulares. El valor y la constancia del soldado, adquiridos en guerras tenaces y cruentas contra los enemigos de la cristiandad, servían ahora para hostilizar y oprimir naciones cristianas; y con el pretexto insensato de poner un dique a la Reforma, ya que no de ahogarla, las grandes, las portentosas fuerzas del monarca español se malgastaban en tiranizar cruelísimamente a sus súbditos, y en fomentar la rebelión y la anarquía entre los extraños. Cervantes, todo entregado a su idea caballeresco, no veía sino el Oriente; Felipe, atento a sus planes de dominación tenía la vista fija en el Norte.

El cuadrito refleja bien el conjunto. Comprendo, empero, que hay en él tal o cual punto debatido hasta hoy. Pero no nos incumbe ahora fijar a ese respecto la verdad. Ibamos a otra cosa.

Quien haya leído el libro de Américo Castro, recuerda algunas de sus más sustantivas páginas al hallar en Varona esta cláusula en que se refiere a Cervantes en Italia (1570-1575): “Su mirada se dilató por nuevos y espléndidos horizontes; oyó hablar de la belleza, del valor, de la virtud, de la felicidad; en un nuevo lenguaje”. . . Eso lo desenvuelve el mencionado filólogo español, en términos de lúcida lección. Sintió Cervantes el hálito del Renacimiento vital, esto es, una forma superior a la erudita, de aquella revolución intelectual. “Conoció una nueva interpretación del mundo clásico”, agrega Varona.

Toda la conferencia va por vertientes de examen. Examina la nación, la cultura española y la italiana, la índole anímica del novelista, los altibajos de la política monárquica, la pujanza del país, su posterior abatimiento, la raíz humana de la creación cervantina. . .

Y no era Varona un especializado en el cervantismo, cuya bibliografía era ya extensa y se ha acrecentado con trabajos de primera lí-

nea después de la pieza en que me fijo. El tercer centenario del Quijote incitó de nuevo, en 1905, al exégeta y esteta. No era profesor de Literatura española sino de Filosofía en la Universidad. Pero ahí están los discursos de aquellos actos en que Cuba, a los tres años de haberse constituido en República, conmemoraba, “sangre de hispania fecunda”, ella también, la aparición de un libro universal. Y lo mejor de aquellas contribuciones tal vez sea la muy breve de Varona.

El examen, esta vez, es mucho menos detenido. Reitera alguna de las ideas básicas. El estilo se ha librado mucho del párrafo largo, al cual paga bellísimo tributo en la página final, pomposa y todo, rasgo que es excepción en la prosa de nuestro crítico.

Ve allí las ingeniosas aventuras de la novela como “el símbolo transparente” de los anhelos y empresas del hombre en lo cotidiano o en lo histórico. Por cierto, serviría esta verdad para hacer rectificar a quienes (no enterados, por supuesto) se empeñan en distinguir como esferas que no se tocan la literatura y la realidad. No alcanzan a *ver*. Porque las obras literarias, si son buenas, deben su valor a alguna forma de lo real que las penetra. Sin ese fenómeno no habría clásicos. Y tendríamos que extender mucho el marco de “lo real”. —¿Qué es lo real?— lo visible, lo tangible, circundante. . . Las formas, todo lo simétrico y lo asimétrico. . . ¡hombre! y las necesidades de la subsistencia diaria. Claro: todo eso, y a la vez la imagen de todo eso en las trasmutaciones que obra el espíritu: entender, fantasear, querer, sufrir. . .

El “símbolo transparente” que vió Varona en *El Quijote*, lo es de todo ese mundo, tenga razón Parménides o esté en lo cierto Heráclito. Si me sedujo la digresión de *lo real*, admítela, lector.

Vuelvo a la conferencia de 1883. Contiene un pasaje que me plantea fuerte problema: ¿es la inteligencia crítica o es la onda trémula de la sensibilidad la escrutadora del sentido último de un libro como *Don Quijote*? Es fácil responder que una y otra. Ocurre que nos pasamos el tiempo separando. La ciencia toda es una continua separación (mutilación, diría Bergson). Se le anticipó nuestro José de la

Luz cuando escribió: “La Naturaleza es una; dividimos para entender”. Ahora mismo, Alfonso Reyes hace *El Deslinde*, con singular maestría.

Pues bien, *uno* es el espíritu (forma de la Naturaleza), y la visión final que Varona nos da del Quijote, es cosa indivisa. No la formó parte por parte. No la debió por un lado al intelecto y por otro a la emoción. El crítico, si lo es de veras, funciona como lector, y el lector reacciona como hombre.

En el caso de la página de Varona —y la transcribo en seguida— uno se reconoce en la novela. Reconoce lo esencial humano. . . ¡Qué bien estoy aquí! pueden decir crítico y lector, como si dijeran: ¡Qué bien está el ingrediente común, de todos, que hay en mí! Pero te defraudo, lector (o crítico) si demoro la cita. Por si no te ha caído antes en las manos, te la ofrezco. *Y es que debió a la iluminación permanente del genio un conocimiento tan cabal del alma humana, que pudo demostrarla y poner de manifiesto sus más ocultos resortes, con la misma seguridad del artífice que desarma un mecanismo de su propia invención. No busquemos más lejos que en nosotros mismos los originales eternos de sus dos maravillosas figuras; aquí están, en el fondo de toda conciencia, pugnando siempre y siempre unidos, contradiciéndose incesantemente e incesantemente de acuerdo, viendo a la par el doble aspecto de las cosas y engañándose a la par seducidos por el deseo. Los admirables diálogos del caballero y el escudero han resonado con voz más o menos queda en todo corazón, pues siempre ha habido una quimera hermosa que alguna vez y en alguna forma seduzca al de temperamento más frío y positivista; y alguna vez y de algún modo la experiencia descarnada ha posado su mano glacial sobre las sienes del más ardoroso perseguidor de la belleza ideada.*

*Porque advertid que en ninguna ocasión salva a Sancho su egoísmo de los fracasos a que arrastra a Don Quijote su valeroso desprendimiento. Uno y otro se engañan desde su punto de vista exclusivo, y bien a su costa triunfa de ellos la terrible ironía de la realidad*¹.

¹ Tanto la pieza de 1883 como la de 1905 pueden leerse en el segundo tomo de las *Obras* (edición oficial) titulado *Estudios y Conferencias* (1936).

La bibliografía cervantina es copiosa. Entre los trabajos de más importancia se cuenta el *Discurso* a don Juan Valera *Sobre el Quijote y las diferentes maneras de comentarle y juzgarle*. Es unos veinte años anterior al de Varona, pues data de 1864. El de Menéndez y Pelayo, *Interpretación del Quijote*, es de 1904, y de 1905 el que dedica a la cultura de Cervantes y la elaboración de la famosa novela. En Cuba, *Justo de Lara* ha sido el cervantista de más relieve. En 1905 publica *Cervantes y el Quijote*, con dedicatoria a don Marcelino, su maestro. No creo que Varona pretendiera nunca superarle en estos estudios. La dedicación de *Justo de Lara* es mucho mayor. La penetración crítica, con ser en él muy seria, no creo que iguale a la de Varona.

En el pasaje transcrito, más que la profundidad, impresiona la finura de las ideas, el acento de seguridad con que el autor nos dice cuál es el radical sentido de la novela. Regresa de haber acompañado a Cervantes en la comprensión de todas las vertientes del vivir tumultuoso, y él, no obstante su reprimido escepticismo, vuelve a la superficie con ese aire indulgente, de infinita simpatía para el enigma humano, que corre por todo el Quijote, como si lo hubiera convertido “el más sano y equilibrado de los ingenios del Renacimiento”.

No se ciñe Varona a ningún sistema de crítica. Podrán parecer de Sainte-Beuve o de Taine o de Brunetière tales o cuales criterios o procedimientos estimativos; pero en realidad sus modos son eclécticos. No fía su examen ni sus conclusiones a ninguna fórmula rígida. En punto a conclusiones no se afana en derivarlas. En muchos de sus artículos lo que hay es una mirada a la economía general de la obra juzgada. Nunca se queda en la superficie. Lo percibió don Julio Cejador cuando aseveró que era notoria su capacidad para desentrañar libros y autores. En *Violetas y ortigas* y en páginas de *El Figaro*, menos conocidas, se hallan pruebas de lo expuesto.

Pero el crítico tenía sus limitaciones. En su discurso sobre la Avellaneda, en 1914, con motivo del centenario de la poetisa, evoca a Heredia, Andrés Bello y Olmedo que entran en el cuadro de sus devociones. Declara duradera la obra de la autora de *Baltasar*, “por su va-

lor intrínseco”, después de descubrir en su espíritu apasionado, orgulloso y en extremo religioso, fuentes esenciales de su lirismo. No me interesa aquí hacer reparos a esa estimación, aunque no la comparte toda la crítica actual. Mucho menos los poetas jóvenes de hoy.

Donde Varona parece limitarse más es en su desvío para el Modernismo. Aquel año de 1914 era cabalmente, fecha crítica. El movimiento había rendido ya sus frutos mejores. Nuevas direcciones estéticas dibujábanse en la poesía. Rubén Darío, acatado como maestro, y próximo a su muerte, veía crecer su fama. El coro de poetas que, no obstante las desigualdades, dió unidad al episodio modernista, estaba en pie, de México a la Argentina. Los nombres que ilustran a la sazón la lírica española, son bien conocidos.

Varona no se hallaba en sus años finales. Iba a vivir veinte más, y según advertí al comienzo, su vigilancia fue en ese período quizá más literaria que filosófica. Sin embargo, se refiere a Darío como a figura que está fuera de sus intereses, y eso, en forma incidental. Lo que pensó de poetas posteriores que han seguido otra técnica, no lo sé con precisión, mas es fácil inferirlo.

Esa queja tengo del maestro. No comprendió, no sintió el arte de Darío, donde conviven la suntuosidad y la sencillez, lo pagano y lo cristiano, lo español y lo hispanoamericano, lo frívolo y la grave meditación, lo diabólico y lo divino, la carne con sus pecados altaneros y la ceniza del Eclesiastés. . . Creo que no percibió el mundo poético del nicaragüense errabundo. Había admirado a Hugo y a Heredia, el francés, por ejemplo. No sintió la plasticidad, el color, la armonía del *Responso* a Verlaine, del *Coloquio de los centauros*, de *Lo fatal*. . .

¿Hemos de imputárselo a sus gustos clásicos? ¿A la lección de su humanismo? ¿A que él escribió versos, anteriores a la fecha de *Azul*? De todos modos, en un espíritu como el suyo, apenas puedo explicarme el hecho, que fue, si no de negación, al menos de evidente frialdad.

Claro que Darío pasa por altibajos. Juan Ramón Jiménez continúa admirándolo, a su modo. Entre la gente nueva tiene creyentes, pero el culto dista mucho de ser general. Lo han traducido en los

Estados Unidos, y alguien me murmura al oído que no ha resistido bien la prueba. Otro me apunta que sólo tres o cuatro poemas suyos se salvarán. La cosa no es para tratarla aquí. Después de todo ¿no ha enseñado *Azorín* que los clásicos se van haciendo? ¿No se ha revalorizado a Góngora y al arte barroco? Y no llegan a nosotros Fray Luis de León, Rioja, Quevedo, con muchos cantos. No digo los que se reimprimen, sino los que se leen con entusiasmo.

Una fuerte corriente de irracionalismo colora el arte contemporáneo. Es discernible en las letras. Se evidencia en la filosofía. No se avienen con ella los principios rectores de Varona. El clasicismo —el antiguo y el moderno— es de líneas racionalistas, no obstante los gérmenes (¿dionisiacos?) que le minan los soportes. Pero el punto nos llevaría lejos, y todavía las reservas del viejo no me parecerían justificadas. De la razón y de los fondos primarios, biológicos del ser se alimenta el arte, y de las formas innúmeras del mundo físico. De algún modo es el arte —poesía, música, plástica— una manera de conocimiento, aun sin adherismos a la filosofía estética de don José Vasconcelos, muy seria por cierto. Ese conocer, no discursivo, ni necesariamente lógico, lo incluye todo y de todas las fuentes se vale. Fuentes son, así los impulsos oscuros del yo, como las claras elaboraciones de la razón. El arte viene convocando, hace tiempo, a todas las potencias del ser.

De ahí el desarreglo, la alteración de los módulos formales, la nueva expresión del artista. La medida y la serenidad clásicas se conseguían en parte, por restringir la entrada de ciertos elementos en la obra. Si irrumpen en ella potencias disímiles, o por mucho tiempo evitadas, o suscitadas por la realidad social, el equilibrio de la composición sufre, notoriamente.

Lo cual no significa que en el teatro griego, por caso, no haya una palpitación tremenda de humanidad. Era, con todo, otra cosa. Parece que Varona no hubiera aceptado el arte del *Ulyses* de Joyce. . . A su lado el de Darío es de estirpe conservadora.

Suelen ser desiguales las simpatías de nuestro crítico. Sintió el

arte de Poe, y el de Baudelaire. Es conocido el vínculo literario de estos dos raros. Véase lo que escribe sobre la incomprensión de muchos. *La vida de Poe es para la generalidad el libro de los siete sellos. ¿De qué sirve que se la escriba o interprete Baudelaire? La de éste, segunda edición más dolorosa que la de su Sosias espiritual, necesitaría también de comentador, al alcance de los idiotas que razonan. Es verdad que hay grandes doctores y maestros definidores que acudirán solemnemente con su explicación ya hecha: desequilibrados, degenerados. ¡Es pasmosa la sabiduría que puede esconderse debajo de un birrete! Pero los que leemos sin birrete, sólo para dejarnos guiar por manos expertas en los senderos maravillosos del mundo del arte, no conocemos aún la balanza bastante sensible para determinar los granos que se han de añadir a la locura para componer el genio, o que se han de sustraer al genio para que nos quede la locura...*

Párrafos como éste, que vienen a la vida de las ideas armados para vencer el olvido, los compone Varona en casi todos sus artículos críticos. Ninguno de éstos es extenso. Dos, tres, cuatro páginas en cuarto le bastan.

Como que en didáctica es un gran expositor, eso lo comunica a la crítica, que mucho tiene de didáctica. Conceptos claros, a menudo novedosos, forma ajustada, criterio amplio.

Impugna en lo sistemático la teoría de la degeneración del genio y pone las cosas en su punto. Porque razona así: *Quizá Edgar Poe y Baudelaire fueron degenerados. Su existencia atropellada y tumultuosa revela estigmas tremendos. Pero si la degeneración conduce a esa fantasía sutil que ellos poseyeron, capaz de encontrar un símbolo profundamente poético en los asuntos y objetos más triviales, duplicando, extendiendo así la significación de las cosas; si lleva a esa perfección no igualada de estilo, que es también a su manera, una creación poética, y por la cual las palabras, adquieren nuevo color y vida más intensa, entonces todos los grandes escritores han sido degenerados, o éstos de que trato han sido grandes escritores, a pesar de la degeneración. Y en uno y otro caso, la explicación ¿a dónde se ha ido?*

Tres contenidos juegan en la economía de este fragmento. Uno, psicológico; dos de Estética. El primero consiste en mostrar la inconsistencia de una explicación. Los otros en aseveraciones sobre la función del arte y la categoría a que sube el estilo. Dice que la poesía de Poe y Baudelaire duplica y extiende la significación de las cosas. Nótese que no se refiere a las *imágenes* sino a la *significación*. Afirma, en fin, que ciertos estilos son formas de creación poética.

Apenas hay artículo que no contenga uno o dos párrafos penetrados de doctrina. En los más de los casos sus juicios son de contorno, esto es, mira a las líneas rectoras de una mentalidad o de una obra. En espacio tan corto no cabe análisis. Además, su capacidad para la síntesis es notoria. En el artículo sobre Ibsen la encontramos ejemplar. Declara que el dramaturgo noruego es un evangelizador. Descubre su preocupación ética —frente a lo convencional, sin raíz cristiana— en la religiosidad de aquel pueblo, intensificada periódicamente por la predicación. Pero nota Varona que el autor de Brand y Peer Gynt, se libra del nexo teológico; retiene la pureza del mensaje evangélico; lo trasmuta en creación artística e instala el problema universal del individuo en dramas inquietantes. Los predicadores laicos de Noruega, remedo de los antiguos profetas —dice— le crean una conciencia social a la poesía dramática de Ibsen. El sesgo filosófico de éste y su fuerza artística ponen lo demás. Los temas, los personajes, la lección inmediata son noruegos. El alcance poético es de universalidad humana.

Tal viene a ser, en el caso de Ibsen, eso que he llamado “juicio de contorno”. Los dos artículos comentados datan de 1905 y 1906. Figuran en la colección *Desde mi Belvedere*. Mayor número contiene el libro *Violetas y ortigas*.

Varona es en la Crítica, como en la Filosofía, una culminación en Cuba. Tenemos tradición en una y otra materia. A fines del primer tercio del siglo XIX hubo actividad crítica. La figura de Domingo Delmonte es preeminente en los años de la *Revista Bimestre*. A mediados del siglo y hasta 1880, más o menos, decrece el movimiento.

Los veinte años últimos son fecundos. Desde 1877 la *Revista de Cuba* fomentaba fuertes corrientes de cultura. La funda José Antonio Cortina. A la muerte de éste, en 1884, cesa la publicación. Pronto la *Revista Cubana*, dirigida por Varona, la reemplaza. Los numerosos volúmenes de ambas revistas son el mejor testimonio de la actividad científica, filosófica, literaria, de aquel período. Enrique Piñeyro, Manuel Sanguily, Rafael Montoro, Nicolás Heredia, Ricardo Delmonte, Enrique José Varona son los críticos de más reputación. Nombres menores como Aniceto Valdivia y Manuel de la Cruz merecen recordarse, entre otros.

Todavía en nuestro siglo, hasta 1915, y aun hasta las postrimerías de *El Figaro*, que se sobrevivió algo, la crítica la dirigen los viejos.

Por algún tiempo muchos reputaron a Piñeyro como el crítico y el estilista por excelencia entre nosotros. En otras ocasiones he hecho reparos a ese criterio. Buenos títulos tenía el autor de *Poetas famosos del siglo XIX* para merecer esa estimación. Su conocimiento de varias literaturas modernas era, creo yo, más extenso que el de Varona. Su gusto le compensaba mucho ciertas aptitudes menos ricas en él, y su estilo nadie lo alabó con más entusiasmo que Varona. Pero la más varia cultura de don Enrique José, su capacidad para percibir el sitio de una obra en la economía general de una época, su visión de las relaciones sin lo cual no hay crítica, su sensibilidad, en fin, hacen de él un crítico más fuerte que Piñeyro.

En lo del estilo, hay que puntualizar, y lo haremos en seguida.

De Delmonte a Varona, la crítica ha tenido muy atendibles cultivadores en Cuba. Del primero aparece un estudio sobre la novela histórica en la *Revista Bimestre* (1831). Se lee con provecho hoy, cuando Amado Alonso ha renovado el tema a la luz de las disciplinas filológicas que acuden a iluminarlo. De aquel trabajo al de Varona sobre Cervantes, que no ha envejecido, median cincuenta años.

Piñeyro, el estilista. Aceptado. Sus dos trabajos sobre el Dante y Madame Roland le dieron envidiable prestigio a ese respecto. Y cualquiera de sus libros confirma que fue justo. Los tengo a la vista casi todos, pues he querido considerar de nuevo esa preeminencia, vá-

lida por acá durante muchos años. *Estudios y conferencias* abre la serie en 1880. *Poetas famosos* data de 1883. Después, en otros libros, como *Manuel José Quintana* (1892), *El Romanticismo en España* (Garnier, París, sin fecha), hay más vigor; pero en figura y elegancia, el autor no superó sus dos primeras obras. Su bibliografía es extensa. Menciono lo indispensable. Los temas son siempre de Literatura e Historia.

El estilo de Varona luce, sobre todo, en sus libros de artículos literarios ya mencionados, en los trabajos cervantinos, en el volumen *Discursos* (1918) y en piezas de oratoria académica como *Importancia social del arte* (1883) y el elogio de Martí. De sus tres cursos de Filosofía, el titulado *Fundamento de la Moral* (1903) es el mejor escrito.

No estoy seguro de que sea Sanguily el autor de la frase. Se la atribuyo con duda: “La prosa de Varona es casi sagrada”. Sería de interés saber si en efecto es de don Manuel, porque nadie en Cuba admiró más que él a Piñeyro, desde los años mozos, en el colegio *El Salvador*, bajo la mirada paternal de don José de la Luz. Vale recordar el testimonio del orador y crítico: *Las clases de historia universal y de literatura. . . eran las delicias de los alumnos porque las desempeñaba Enrique Piñeyro, favorecido por la naturaleza con el privilegio del gusto y la gracia seductora de la dicción*. Esto se lee en su libro sobre Luz, de 1890. Se refiere principalmente, no hay duda, a la palabra hablada. Pero apreciaba en ella factores de estilo, que subraya en otros escritos.

No puedo detenerme lo necesario en esto. Dos estilos pueden deber su excelencia a virtudes muy disímiles. El de Piñeyro posee un indefinible encanto. Le lucen mucho las palabras, sea en pasajes de llaneza o en páginas de más tensión formal. En algunos de sus libros al menos —y creo que en los primeros— nunca siente el lector esa impresión de *masas*, frecuente aun en páginas de gente que escribe bien. Es escultórico, más que musical o arquitectónico. Cierta levedad o ligereza aseguran la amable comunicación. La dignidad no lo

abandona ni en la sencillez ni en el primor. Hay como soltura de pliegues y ritmo de líneas estatuarias en muchas páginas del autor de *Biografías americanas*.

¿Qué elementos convierten a Varona en un estilista igual o superior? El conocimiento de la lengua, la sobriedad, la elección certera del término, la riqueza de ideas, la concepción del mundo, en fin. . . Sí, porque un estilo no es sólo cosa de firma. Se genera en fondos psicológicos; refleja determinada organización mental; y hasta ese entrever del destino del ser y de la vida, que angustia (o consuela) a algunos escritores, aparece como nota diluída, inasibles, en cláusulas gráviticas. Lo irreductible de un estilo es cosa flotante, resplandor de luces interiores.

En este sentido hay más fuerza en Varona que en Piñeyro. Y en punto a belleza, uno y otro darían a severos antologistas buen número de páginas enamoradas.

Las preceptivas continúan estudiando “el estilo”, no “los estilos”. Es la noción del estilo autónomo, muy en boga entre algunos autores italianos del Renacimiento. Estilo ciceroniano, *copia verborum*, ornato. . . han sido instancias defendidas y practicadas con mengua de la verdad literaria y lingüística.

Existe en gramática el verbo con su paradigma de conjugación, el cuadro de sus formas. Existe objetivamente, en un idioma, con independencia del que lo habla. Pero el estilo no puede verse así. Nace de peculiaridades individuales. De ahí que lo propio sea tratar de “estilos”. El estilo, según se pretende estudiar en tratados de Retórica, tiene mucho de abstracción. Aparece privado de su elemento capital: la personalidad.

Por eso, la noción, hoy sin vigencia, de estilo autónomo, se asemeja al viejo *realismo* de la Escolástica (*universalia sunt realia*). Pero no es así: el estilo no existe como entidad real, fuera del conjunto de notas capaces de generarlo. Entre los mismos escolásticos se oía la réplica: *universalia sunt nomina*. Sería de importancia para la historia del pensamiento, ir señalando por épocas y materias, los casos en

que lo recordado aquí, y otros contenidos de la Escolástica han caído en tal o cual rama del conocimiento. Las nociones y métodos de la Escolástica no son exclusivos de la Filosofía.

He sentido la tentación de cerrar esta parte de mi trabajo con dos fragmentos, uno de Piñeyro, y otro de Varona. Pero el procedimiento es de éxito arriesgado. Mejor será que mis notas sirvan de incitación a la juventud. Tenemos que volver a veces a lo viejo para desempolvar cosas que entusiasmaron a otras generaciones. En el caso que nos ocupa, se trata de escritos de ayer. Nos hace bien leer (o releer) a Montalvo, a Marco Fidel Suárez, a Justo Sierra. . .

Muy saludables son esas lecturas, ya que en estos últimos tiempos se deslustra la prosa española en malísimas traducciones. Salvedades hay que hacer siempre: Díez-Canedo, Américo Castro, Luis de Zulueta. . .

Muy poco más sobre el estilo de Varona. No lo examino —ya se ve— con técnica filológica. Me limito a observaciones libres. El filólogo hallaría tema para una monografía al modo europeo, que podría titularse: “La lengua de Varona”.

Lo que pudiéramos llamar “modales descompuestos”, en un estilo, nunca los emplea Varona. Los tiene Unamuno, por ejemplo, y a fe que muy eficaces. La ausencia de ese rasgo se explica en algunos escritores, en parte por la estabilidad de un ideario convencional, donde no irrumpe ninguna disonancia. En Varona no vale esa explicación. Porque si no fué un rebelde sistemático ni un excéntrico (muy nobles, por cierto, esos dos modos, en muchos casos), no podemos situarle entre los espíritus adaptados. Pero pasa que cuando suelta una de las suyas —bien frecuentes— cuida su compostura, y el rayo agrieta apenas la tersura formal.

Desde otro punto de vista, no es verboso. Riqueza de léxico es una cosa; exuberancia, mala retórica, es otra cosa. Temprano le torció el cuello a esa exuberancia que algunos han denunciado como vicio hispanoamericano, o mejor, tropical. La lección del prosista es una de las más útiles de Varona.

No más de cuatro o cinco fragmentos de pompa o primor pudié-

ramos desglosar en su obra, que nada tiene de escasa. Cuando quiere compone párrafos "brillantes". La palabrita rueda ya por pendientes de descrédito. Cuando quiere, decía. Pero *quiere* pocas veces.

El final de su contribución al tercer centenario del Quijote, en 1905, contiene esas páginas, gemas salteadas, en realidad raras, de su prosa. Siempre he visto con curiosidad ese brote, al término de un trabajo, muy breve. Ahora me vence el deseo de transcribirlo. Piense el lector lo que quiera. Por mi parte, lo estimo como de elocución oratoria, aunque afinada, salvada. Me parece bellísimo.

Consideradas así estas grandes obras, que ocupan, por el asentimiento unánime de la posteridad, las más altas cimas del arte literario, se me representan como esos dilatados y tersos lagos suspendidos en lo más alteroso de las cordilleras que dominan los continentes. Son bruñidos espejos, en que se retratan con ondulaciones que semejan los estremecimientos de lo que vive, todas las maravillas del paisaje terrestre que les sirve de marco; todos los resplandores del cielo inmenso que les sirve de cúpula. Reflejan en su móvil superficie las rocas enhiestas y los pinos cimbradores las nubes que pasan y las estrellas inmóviles y eternas. En su seno se perpetúa el bullir de innúmeras especies vegetales y animales, bullir que sube a la haz de las aguas para animarlas con los surcos fúlgidos que traza el pez escamado de oro y granate, o para hacerla florecer con las albas coronas de los lirios gigantes. Mientras de lo profundo arrancan las corrientes cristalinas que labran la roca, que saltan espumosas sobre las peñas, que serpean por las pendientes y van a llevar a la llanura distante, con la humedad y la frescura, el humus fecundante que sirve de matriz infatigable a la renovación perenne de la vida.

Es un amplio simil, convertido en alegoría. Reitero que en su estilo más constante no damos con esa imaginiería ni con semejante marcha de la sintaxis.

No está demás observar que es Varona el único filósofo de Hispanoamérica cuya dedicación literaria es de tanta importancia como la filosófica.

Como vivió tanto, sus colegas de estas tierras resultan, en algún

período, contemporáneos suyos, no obstante pertenecer algunos a diferente generación. Nótese, en efecto. El peruano Alejandro Deustua nace en 1849, el mismo año que Varona. El argentino Alejandro Korn (1860-1936); los mexicanos Ezequiel A. Chávez, Antonio Caso y José Vasconcelos nacen en 1868, 1883, 1882, respectivamente; el uruguayo Carlos Vaz Ferreira nace en 1871. Gabino Barrera es muy anterior (1820-1881). Pero muere cuando Varona ofrecía sus cursos en la Academia de Ciencias. Cabría incluir a Hostos, grande por su labor apostólica y americanista, aunque su relieve puramente filosófico no llegue al nivel de los mencionados. Algún otro puede entrar en el cuadro. Ingenieros. . . Dejo la columna en blanco para los sufragios del lector. Por supuesto, no me he referido a gente más joven que ilustra algunas cátedras en América.

Pues bien, con la excepción de Hostos, ninguno ha cultivado la crítica literaria, al menos para sobresalir en ella. Es singular, en tal sentido, la obra del pensador cubano. Por lo demás, como filósofo, algunos de esos coetáneos lo supera en tal o cual aspecto, según hemos de ver en otra parte de este opúsculo.

IV

Sobre la Filosofía en Cuba

Consideramos, sumariamente, la tradición filosófica cubana cuyo remate, por ahora, se halla en la obra de Varona. Después de los cursos que empezaron en 1880 y se conservan en tres series, nadie ha trabajado en Cuba con tanto aliento en producción tan orgánica.

La filosofía en Cuba tuvo su primer momento de interés en la enseñanza del P. José Agustín Caballero. Ahora mismo imprime la Universidad de La Habana *Lecciones de Filosofía electiva* de aquel distinguidísimo profesor, cuya acción cubana en la esfera política es también considerable. Las *Lecciones* datan de 1797, y no se habían publicado hasta ahora. El manuscrito pasó sus vicisitudes, de uno en otro

poseedor. Tratan de Lógica. Las extractó y comentó en 1839 José Zacarías González del Valle. En 1861, José Manuel Mestre, en su discurso *De la Filosofía en La Habana* dijo del P. Caballero que fue el primero en Cuba con “propensiones reformadoras”. Alude, naturalmente, a la tardía introducción de la Filosofía moderna en nuestras Cátedras.

La secularización de la Universidad se efectúa en 1942. El Seminario de San Carlos se le adelantó en materia filosófica. Allí explicó el P. José Agustín las referidas *Lecciones*. Allí efectuó el P. Félix Varela su famosa reforma, de 1811 a 1821. El Escolasticismo había sido ya impugnado, en parte al menos, por el P. Caballero. En 1798, el *Papel Periódico* publica dos artículos (1o. y 4 de marzo), que atacan la vieja filosofía medieval, de interés en su mejor siglo, el XIII, pero exhausta, sin mensaje ya en América. Los mencionados artículos se han atribuido al P. Caballero. La erudición cubana a ese respecto (José Augusto Escoto, Francisco González del Valle. . .) no ha resuelto el punto.

De modo que el P. Varela empezó a *barrer* (según la expresión del obispo Espada, que lo alentó) cuando existían ya algunos antecedentes en contra de la estéril enseñanza que se impartía. Sin embargo, fueron débiles esas voces precursoras, comparadas con la crítica de Varela y con la firme orientación que dió a la filosofía, al menos dentro de la esfera en que un sacerdote podía actuar sin quebranto de la ortodoxia. La suya la proclamó siempre; pero cabe preguntar: ¿Fue, en realidad, ortodoxo en todo?

Nuestra Universidad reeditó en 1940 las *Lecciones de Filosofía* de Varela. Ahora hace lo mismo con la *Miscelánea filosófica*. En éstos, como en otros libros suyos, notamos una verdadera promiscuidad en los asuntos. El contenido incluye puntos de Lógica y de Psicología, de Moral. . . Destutt de Tracy, muy en boga a principios del siglo pasado, sirve, en muchos, de guía. La corriente, empero, proviene de Condillac.

Varela suprime el latín de la cátedra. Lo emplea alguna vez como ejercicio. Al principio compone textos en esa lengua, pero se decide

al cabo por escribirlos en español. Desecha la Escolástica. Abre paso a corrientes modernas. Condena el principio de autoridad en Filosofía. Separa las instancias de la Teología y la fe de las específicamente filosóficas. Examina y niega la *substancia*, en que tanto se demoró la ontología. Dedicaba buena parte de sus textos a fijar el método. Era hombre de formación científica y le preocupa la metodología de la investigación y la de la enseñanza².

El joven Dr. Antonio Hernández Travieso, dedicado a estudios sobre Varela, comenta uno de los asertos fundamentales del reformador, en esta forma: “*En materia filosófica —expresa Varela— la autoridad de los Santos Padres es la misma que la de los filósofos que ellos seguían. Tal declaración era la más limpia muestra de lo que sobrevendría después. Y ese después fue la formación de una conciencia cubana a través de una elaborada formación científica*”.

Aquellos diez años de profesorado influyeron, en efecto, mucho más de lo que el propio Varela podía prever. Un método de pensar —que fue en esencia su mensaje— afecta, a la larga, toda la estructura de una sociedad.

Varela, electo diputado, sale de Cuba en 1821. De España va a los Estados Unidos. No vuelve a su patria. Son bien conocidas las turbulencias que lo alejaron, perseguido, de España. Murió en la ciudad de San Agustín en 1853.

Los hermanos González del Valle —José Zacarías (1820-1851) que murió joven, y Manuel, que vivió mucho más— eran profesores laboriosos, de curiosidad intelectual. No tienen en filosofía la importancia de Varela ni el vuelo de José de la Luz, pero los incluimos siempre al reseñar la marcha de la enseñanza filosófica en Cuba durante el siglo pasado.

No representan la dirección reformadora del Seminario, sino más bien la otra, más conservadora, de la Universidad, aunque no se adhieren al Escolasticismo ni desconocen las principales corrientes modernas. Los dos enseñan *Texto aristotélico* en la Universidad. Por

² Esto lo he puntualizado en la *Introducción* que el Dr. Roberto Agramonte, Decano de Filosofía, me pidió para la reimpresión de la *Miscelánea filosófica*.

cierto que las *Breves esplicaciones* (sic) de José Zacarías, sobre algunos lugares de Aristóteles, que tengo a la vista, se imprimen en 1839, cuando contaba el autor diecinueve años.

En esa fecha escribió una reseña de la Filosofía en Cuba y polemizó sobre V. Cousin, de quien fue entusiasta seguidor.

De D. Manuel se conservan unos *Apuntes* de Lógica, elencos... trabajos que hoy interesan sólo al historiador de la vida intelectual cubana.

La polémica en torno a Cousin avivó mucho el ambiente filosófico. Motivó el escrito más extenso y vigoroso de José de la Luz y Caballero, el genial sobrino del P. José Agustín, a quien ya me he referido. Por aquellos años —alrededor de 1840— gozaba de prestigio filosófico el presbítero don Francisco Ruiz, amigo y admirador de Luz. Su figura parece mayor que su renombre actual. Están por reunirse los materiales para un estudio que la aclare.

José de la Luz (1800-1862) fue, al decir de Varona “el pensador de ideas más profundas y originales con que se honra al Nuevo Mundo”. La aseveración es fuerte. Pero Varona es bien responsable de las que hace. Lástima que no se encargara, él mismo de demostrarla.

He estudiado la vida y los escritos de Luz en libros, artículos, conferencias. Confieso que a vueltas del examen de Manuel Sanguily, tan penetrante, del de otros críticos, y del mío propio, no me parece clara, resuelta, la conclusión a que llegamos. El credo filosófico de Luz se escapa... Se entrecruzan en él la más severa metodología científica y concepciones audaces, atisbos sorprendentes. Además, su credo religioso es ingrediente que cubre de niebla la doctrina general.

Se registran en la historia de la Filosofía las vicisitudes de los traslados metodológicos. El siglo XVII asistió al auge de las ciencias físico-matemáticas. Su método fue estimado como pauta del racionalismo. El siglo XIX fue de gran boga para la Fisiología y la Biología, cuyos métodos parecieron propios para toda indagación en Psicología. Influye en José de la Luz ese criterio sobre el método.

Luz y Caballero se formó hasta sus veinte años en el Seminario.

Recibió las órdenes menores. Aunque abandonó la carrera del sacerdocio, su aprendizaje eclesiástico, intensísimo, dejó en él fuerte huella.

Conocía y hablaba el latín, el francés, el inglés, y el alemán con una perfección rara, según el unánime testimonio de algunos contemporáneos.

En ciencias físicas y naturales podía sustituir, en cualquier momento, al profesor de su colegio que faltara a clase.

Leyó, en la lengua original, a los filósofos principales de Europa. Su memoria era portentosa. Los viajes (1828-1832, y después en 1844) lo familiarizaron con la mejor gente de su tiempo, en los Estados Unidos, Francia, Italia, Alemania, Inglaterra.

Su vocación, al fin, fue la enseñanza. El colegio *El Salvador* que fundó en 1848 y dirigió hasta su muerte, en 1862, fue una institución de singular prestigio hasta 1869, en que al comienzo de la Revolución de Yara, se le obligó, prácticamente, a la clausura.

Luz enseñó Filosofía con sapiencia y fervor. El elenco de Carragua (1835), el de 1840, que refleja algo de sus cursos en el convento de San Francisco, de 1838 a 1843, y el llamado de *El Salvador*, fijan tres momentos de su labor de cátedra. No escribió libros orgánicos; pero en sus *aforismos*, en trabajos polémicos sueltos y sobre todo en su *Impugnación* a Cousin, que se halla en los tomos VI y VII de la *Revista de Cuba*, hay materiales suficientes para apreciar su orientación y su fuerza.

No del idealismo germánico —Kant, Fichte, Schelling, Hegel— sino del empirismo inglés dimana la corriente maestra en el pensamiento filosófico de Luz. Bacon, y sobre todo Locke, figuran en sus devociones. Condillac, más próximo, fue guía en nuestra América. El llamado “sensualismo” se difundía en la primera mitad del siglo. Más inmediato aún era el contacto con los textos de Destutt de Tracy (1754-1836). He manejado en ediciones de principios del siglo XIX sus *Eléments d'Ideologie* (1804) que circularon mucho en La Habana.

Por modo expreso declaró Luz que hubiera podido, “a mansalva”, introducir aquí la filosofía de los mencionados sistemas alemanes, pero no la creía conveniente. Schelling, no obstante esa declaración,

le atraía. No sé hasta qué punto pudiéramos armonizar a este filósofo con Locke, el más seguido, quizá, por Luz.

Mucha Geología, mucha Física, mucha Química, mucha Fisiología, preconizaba *don Pepe* como base en cuanto a *hechos y a métodos*. Ni “innatismo” en las ideas ni forma alguna de “a priori”. Lo que a este último respecto admitió Kant, lo negó Luz en su escrito *Cuestión de método*. Cualquiera, sin otros datos, pensaría que se trata de una cabeza antimetafísica. Pues no hay tal. Pero el punto sería de largo tratamiento, y reduzco a notas escuetas esta parte sobre los antecedentes filosóficos que halló Varona.

En su primera lección de 1880 se refiere don Enrique José a Luz y alude a sus anticipaciones filosóficas en estos términos: *La perspicacia de su ingenio, aguzada en el estudio constante de las obras más elevadas del humano saber, y el poderoso vuelo de su discurso se patentizan al considerar, con asombro y tristeza, que José de la Luz fue en este ángulo remoto del mundo civilizado un verdadero precursor de doctrinas que hoy se predicán con aplauso en los centros de la cultura humana*. Recuerda en seguida “proposiciones” en que el filósofo cubano se anticipa a Stuart Mill y a Wundt. Pudiera hoy incluirse a Bergson, con su tesis del “élan vital” y la condición geométrica del intelecto, que no capta el fluir cósmico.

Tres libros principales sobre José de la Luz —el de José Ignacio Rodríguez, el de Manuel Sanguily, que desentraña un tanto su filosofía, y el de Enrique Piñeyro, a más de numerosos trabajos sueltos, no han bastado para situar definitivamente al educador y filósofo. Tenemos por cumplir ese deber en Cuba.

José Manuel Mestre (1832-1886) es figura menor. Sucedió a Manuel González del Valle en la cátedra de la Universidad. Pertenece por su orientación filosófica a la dirección que inicia Varela y enriquece Luz. Aunque muy vinculado por el afecto a José Zacarías González del Valle, su enseñanza no va por el cauce de los mencionados hermanos.

Realizó labor seria. No debe omitirse el juicio de Varona: . . . *señala el único período en que la influencia de la Luz se dejó sentir*

en las doctrinas enseñadas en nuestras aulas. La proscripción, o punto menos, de la metafísica, la importancia concedida a la psicología, y sobre todo, el considerar la lógica como un instrumento indispensable y general, pero sólo como un instrumento, para la disciplina del espíritu y para su aplicación fructuosa a las pesquisas científicas, eran otras tantas cardinales innovaciones. . . Rehuyó Mestre las ideas que “engolfan el espíritu en las quimeras de los sistemas”, agrega Varona, y fomentó el espíritu científico. Interesaría ver que en el *Elogio* de Mestre (1886), de donde tomo el texto transcrito, sorprendemos algunos criterios esenciales de Varona.

En este rápido recuento hay omisiones. En una reseña histórica de nuestra actividad filosófica habría que incluir a O’Gaban, de la primera mitad del siglo; a Teófilo Martínez Escobar, de la segunda; a don Antonio Bachiller y Morales, el patriarca de la bibliografía cubana, que asistió, anciano ya, a los cursos de Varona, y había enseñado Filosofía del Derecho. Y otros que para mi propósito no necesito mencionar.

V

El filósofo

Lo apuntado indica que Varona levanta su voz en 1880 teniendo en el horizonte del pasado cubano una tradición considerable de enseñanzas filosóficas. El lo reconoció al aludir, en su primera lección, a momentos esenciales del pensamiento entre nosotros.

El Dr. Roberto Agramonte, profesor de la Universidad de La Habana escribe: *La filosofía de Varona se escinde en dos mitades, casi contrapuestas. La primera es académica, sistemática, orgánica, optimista; la segunda es vital, fragmentaria, crítica, escéptica. La primera está constituida por sus Conferencias filosóficas, de Lógica, Psicología y Moral; la segunda está integrada por la argamasa de su producción literaria y crítica, y especialmente, por su obra capital,*

los pensamientos que intitula Con el eslabón. Esto es exacto y tiene además la ventaja de orientar a quien emprenda el estudio de la obra de Varona. Lo único que no suscribiría yo del párrafo transcrito es el juicio que formula al final, aunque estimo en mucho la mencionada obra.

De esa división tan certera que hace Agramonte, derivo otra más analítica, en la forma siguiente:

- a) Escritos filosóficos sueltos, anteriores a los *Cursos* de 1880, y algunos de ese mismo año. Se publicaron en la *Revista de Cuba* y posteriormente en *Estudios literarios y filosóficos* (1883). Son estos: “La Psicología de Bain”, “La Psicología en sus relaciones con la Fisiología”, “La Moral en la Evolución”, “La evolución psicológica”, “La metafísica en la Universidad”.
- b) Los tres *Cursos* mencionados, de plan didáctico.
- c) Numerosos artículos críticos en que se halla diseminada la concepción del mundo y del hombre que tuvo Varona.
- d) Los pensamientos *Con el eslabón* (San José de Costa Rica, 1918).

Los trabajos del apartado (a) muestran al hombre, de sus veintiocho a sus treinta años, en madurez mental y formado ya para los *Cursos* que en seguida ofreció. Pero por ser de naturaleza crítica y hallarse libres del rigor didáctico, indican mejor que los *Cursos* la orientación filosófica del autor. Razona su postura en algunoş de ellos.

Las lecciones del apartado (b) componen tres libros, según se ha visto ya. En algunos capítulos de los catorce que forman el primero, de Lógica, el autor “se sitúa”, al refutar teorías y sistemas. En los dos libros siguientes, Psicología y Moral, apenas se obliga a decirnos el camino que elige, aunque, claro está, lo inferimos: La Lógica contiene muchas incitaciones. En los cursos de Psicología y de Moral predomina la ordenada exposición de lo admitido (al menos por muchos) en la época.

Los artículos del apartado (c) son, en cuanto a su importancia

filosófica, al modo de tantas y tantas páginas ensayísticas de Ortega y Gasset. No es que se parezcan los temas ni que sea igual la fuerza (en esto último habría que hacer no pocos distingos a favor del uno y del otro), sino que el grano puro, lo esencialmente filosófico se disemina acá y allá, con desorden vital.

Después de todo, no tenemos mucha razón para quejarnos (yo confieso que me he quejado) de esa dispersión de especies filosóficas que anima y en ocasiones inmortaliza algunos artículos y ensayos, sin el rigor ideológico, sin el plan de las lecciones o capítulos.

No señor, no hay entera razón para la queja. Me reconcilio aquí, de una vez, con Ortega. Eso sí, quisiera yo que publicara sus lecciones. No hay razón —decía— porque ese ensamble lógico, académico, que enamora al estudioso, es en el fondo, un refugio más del racionalismo. Las propensiones irracionales de lo humano se resarcen de cuando en cuando, y hacen de las suyas: erigen el primado de los instintos, dan categoría a lo subconsciente, en el arte y en la vida, desbaratan —aquí el punto— la geometría, o dígase arquitectura de los libros ordenados en graves series de capítulos.

Creo, no obstante, que es ley de la didáctica —¡hombre para entendernos!— resistir, conservar esa vieja hechura racionalista. Pero está bien que del filósofo brote no sólo la instancia del pensar y su fría elaboración, sino también “el hombre”. Y si brota éste, ya el cuadro armónico se afloja y cede el sitio a lo irregular y libre, a la savia perenne de fuerzas que la razón no ha podido convertir en cuadrículas.

Eso late en muchos artículos de Varona, a pesar de la compostura formal que los reviste. La Filosofía no excluye ese fluir extra-académico. Esa vena despidе a veces los datos más atendibles. El viejo hábito de la exposición ordenada, (y no renuncio a él) nos lleva a ser injustos con lecciones muy sustantivas cuya forma es fragmentaria, ondulante, como los destinos. A ver cómo se aviene en nuestro siglo lo racional, sin que sea bajo el signo de Cartesio, con ese sordo rumor de las más profundas aguas del espíritu.

Lo señalado en el apartado (d) —para continuar fiel a la pauta racionalista— pertenece “ a los setenta años de Varona”. Ya no escribe pensando en la cátedra. No compone lecciones. Ahora “los ojos hechos fuentes” liberan en “larga vena” sus últimas vivencias. La inconsistencia de las ideas generales, la falacia de no pocos credos, el artificio de los sistemas, la persistencia de tres o cuatro notas terribles de lo humano, las simulaciones de la vida civilizada, y el primado de la fuerza. . . ¡Oh! el viejo pasó lista, y parece que muchos de los elementos, simuladores y de las abominaciones del mundo, dijeron: *Presente*.

Pero no se regocijó ni maldijo. La visión lo entristece. Todavía no claudica su sentido de lo mejor. Maltrecho y todo, el espíritu flota sobre las ruinas del orden moral que contempla. Si su escepticismo se resuelve en melancolía, hay ahí valores salvados. Continúe el lector la meditación, a que de buen grado me daría si los tiránicos lineamientos de este trabajo no me lo vedaran.

En el curso de Lógica trata Varona los asuntos siguientes. En la primera lección se fija en aspectos del movimiento filosófico contemporáneo, a la vez que dedica una férvida evocación a los pensadores cubanos del siglo; la segunda contiene puntos de Psicología. Trata de las instancias mentales del conocimiento: la distinción, la semejanza, la retentividad. Se refiere al *realismo* platónico, que desde luego, no acepta, y a la inferencia. En la tercera refuta puntos de Kant y Hegel. Es innecesario decir que el idealismo germánico no entra en los credos de Varona. En la cuarta, también crítica, estudia las leyes de consistencia. La quinta, de más sosiego intelectual, como siempre que nos atenemos a la pura didáctica, la destina al lenguaje como instrumento del pensar: los términos y las proposiciones, con sus contenidos: nociones, conceptos. La sexta es la del proceso inductivo. La séptima expone la causalidad, y no como los textos al uso, sino examinando la teoría de Hume, que, bien se sabe, es famosa. El finalismo en la Naturaleza lo trata aquí. No lo acepta. Apoya su criterio en Lange. En la octava continúa con detenimiento sobre la causalidad. En la

novena explica los métodos de la investigación científica. La décima está dedicada a la deducción. La oncenena al silogismo, pero no se demora en los *modos y figuras*. La definición y la clasificación se estudian en la doce. Leyes últimas y leyes secundarias en la trece. Método e hipótesis en la catorce.

Este libro me sugiere una reflexión. Es en buena parte, crítico. Algunos capítulos, más tranquilos, se asemejan a los de textos escolares como la *Logic* de Hibben (1904), profesor de Princeton, modelo de articulación y claridad. Pero el tratado de Varona no es resueltamente ni lo uno ni lo otro. No podemos situarlo entre los libros al modo del mencionado de Hibben. Tampoco es una obra como la de Bosanquet o la de Sigwart, centradas en cuestiones fundamentales. Claro que no lo pretendió Varona en cuanto a la extensión de su texto, mucho menor que las de esos dos clásicos. En punto a vigor dialéctico, algunas lecciones del profesor cubano no quedan deslucidas junto a ellos.

Y nos preguntamos: ¿cómo debe ser un libro destinado a estudiantes? ¿Cómo el de Hibben, que se sacude casi toda la ingente masa de teorías, y se atiene a un cuerpo de nociones de mayor o menor estabilidad? ¿Cómo el de Pfander, que poco tiene de elemental, y siendo de dirección didáctica, da cabida a cuestiones no resueltas?

Si enseñamos ateniéndonos sólo a lo admitido, no hay zona para las incitaciones. Por otra parte, nos veríamos en grave apuro si en Lógica nos pidieran el inventario de eso, de... "lo admitido". Escójase lo que parece más sencillo: los términos, los conceptos. Léase la *Introducción* de la *Logic* de Besanquet, dedicada casi toda a esos puntos. Junte y ordene el más triunfante redactor de programas, aquellos tópicos que crea más "establecidos", y échese al colete la reciente *Logic, the theory of inquire* (1938) de J. Dewey, y pensará, espantado, que es imposible enseñar... por motivos que no son los de aquel Gorgias, viejo dialéctico.

Pero mi hombre: el modesto profesor de los programas, tendría su parte de razón: hay que enseñar. No podemos esperar a que se sepa todo.

No sé si Varona hizo estas reflexiones. Su *Lógica*, merced a esos capítulos donde las doctrinas están como polvo en suspensión, no sedimentadas, es el libro que más nos dice de los criterios a que se atuvo en Filosofía.

Obras escritas en español en estos últimos años dan la razón a Varona: incluyen mucho más que el conocido temario de los textos de *Lógica* al uso. El de Francisco Romero y Eugenio Pucciarelli data de 1938. Su finalidad es escolar. Sin embargo, del capítulo VIII sobre teoría del conocimiento, al XII, sobre las ciencias del espíritu y la Filosofía, el contenido se espesa: resuena allí toda la larga discusión moderna en torno a temas perennes.

Abro, una vez más, mi amarillento ejemplar, que codiciarían algunos bibliófilos, de la *Lógica* de Varona. El pie de imprenta termina: 1880. Releo la dedicatoria más bella que se ha estampado en libro cubano. Por eso, sin más, se justificaría el transcribirla; pero me guía, según veremos en seguida, otro objeto, Dice así: *A la juventud cubana, en cuyo corazón deseo fervorosamente que jamás se extinga el amor a la ciencia, que conduce a la posesión de sí mismo y a la libertad.*

Me fijo en un concepto del texto. Se trataba de cursos filosóficos, que empezaron con las lecciones de *Lógica*. Sin embargo Varona habla del amor “a la ciencia”, a la cual atribuye dos magnas conquistas. Cabe pensar que no dió al término toda precisión y se refirió a los estudios filosóficos. Es posible, mas no lo creo. De una cosa estoy seguro, y ya lo saben los buenos conocedores de Varona: confió muchísimo más en las ciencias particulares que en los sistemas filosóficos. Dirección del Positivismo, por supuesto. Pero antes de puntualizar su adhesión a esta filosofía es necesario atender a las lecciones de Psicología, que componen el segundo de los cursos.

Los primeros capítulos de su *Psicología* nos dan la clave de su doctrina, al menos en esta materia. En ellos acude a la Fisiología y a la Biología para determinar lo que llama “base orgánica” de los fenómenos mentales. Examina la pobreza de diferenciación estructural y

funcional en los organismos inferiores, y señala la sencillez de sus reacciones, el modo elemental en que responden a los estímulos exteriores. Estudia la gradual complejidad histológica en el mundo animal y su consecuencia en los reflejos y en la adaptación instintiva y consciente. Todo esto le lleva a fijarse y a insistir en la concomitancia física de los hechos de conciencia. Se refiere a la teoría de que el pensamiento es una exudación del cerebro, pero no hace de ella su lema materialista. En rigor nos conduce al materialismo. Sin embargo, éste es un sistema que no se limita a explicar la naturaleza humana, y Varona rehuye los sistemas. De ahí que ni Spencer, a quien sigue en parte, sea su guía principal.

El asociacionismo, tan elaborado en la Psicología inglesa (Hume, Hartley, Dugald-Stewart, los dos Mill, Bain), juega mucho papel en la obra de Varona. La semejanza, la coexistencia, la casualidad. Lo esencial del asociacionismo lo apunta ya Aristóteles. Agotada hoy la fecundidad de esa teoría se estimo como un criterio atomístico, esto es, un modo de explicar lo complejo unitario, mediante elementos simples. De los hechos que describen los asociacionistas no hay duda. Como explicación general del espíritu, la teoría ha sido superada.

En el estudio de las sensaciones se demora mucho Varona. Las lecciones sobre la memoria, sus leyes, sus anomalías, son de gran interés, así como la parte dedicada a la atención y a lo que llama gradualidad de la conciencia.

Utiliza a Wundt, a Bain. . . las monografías de Ribot, entre otras autoridades. He cotejado la Psicología de Varona con *The senses and the intellect* (1856) de Bain. Probablemente manejó ejemplares de la 3a. edición, que es de 1868. No me parece aventurado aseverar que es el psicólogo más presente en las lecciones del profesor cubano. La afinidad es notoria. Uno y otro tienden a lo descriptivo y minucioso. Mi observación se halla corroborada, además, por el hecho de haber escrito Varona una extensa reseña titulada *La Psicología de Bain*, en 1877. Aparece en el tomo 2o. de la *Revista de Cuba*. De manera que este trabajo le sirve de ejercicio, muy pocos años antes de su curso.

Reconoce que hay pendiente una explicación, pero se atiene a la base fisiológica. Dice, en efecto, y esto en su artículo “La evolución psicológica”: *La Psicología contemporánea no ha resuelto aun de una manera satisfactoria el problema de la transformación de la corriente nerviosa, fenómeno objetivo, en percepción o ideación, fenómeno subjetivo; pero ha puesto fuera de toda duda que estos fenómenos están indisolublemente unidos; que son dos fases de un sólo y mismo fenómeno; por consiguiente, que todo estudio de las actividades anímicas ha de comenzar por el conocimiento del sistema que le sirve de soporte, el aparato nervioso.*

Aunque una parte, no pequeña, es hoy útil, el conjunto de su Psicología está, naturalmente, superado. Corresponde, en gran parte, a la orientación cuyo representante más notable en los Estados Unidos fue Titchener. Pero bien visto el curso de Varona, concurren allí casi todas las teorías de su tiempo.

No alcanzan esas lecciones, claro está, ni el *Behaviorism* de Watson y sus seguidores, ni la “Gestalt psychology”, que por cierto centra lo psicológico, no en elementos —sensaciones, ideas, como el asociacionismo, acogido por Varona, sino en conjuntos o unidades que reaccionan³.

El alma no preocupa a Varona. Lejos de su magisterio quedan las cuestiones de la naturaleza, el origen y el destino del alma, que antaño abrumaban la Psicología. Circula hoy en español, el tratado de Mercier, con capítulos sobre esos problemas.

Ni la dualidad cartesiana de “res extensa”, y “res cogitans”, ni el “substrato psíquico” le gastan tinta a Varona. No lo atrae ninguna forma de *espiritualismo*. Pero su vida entera y sus escritos constituyen un atributo a la *espiritualidad*. Lo primero, porque es sistema y sobre todo, porque es ya metafísica, lo desecha; lo segundo ha sido, en verdad, el objeto de sus meditaciones y ansiedades. Y por supuesto, no necesitó ser espiritualista para vivir consagrado a los fines de la es-

³ Véase, como libro de contenido sumario, *Modern Psychologies and Education* de Ragsdale (1932).

piritualidad humana, en su dedicación a la verdad, a la belleza, a los mejores rendimientos de la ciudadanía.

El curso de Moral lo subordina a la aserción de que “el hombre es moral porque es sociable”. Examina las formas de cooperación y protección en los animales gregarios. Cree en una gradualidad ascendente, a ese respecto, en la escala zoológica. Al cabo se fija en varias formas, rudimentarias y avanzadas, de la asociación humana. Todo le conduce a ver cómo los sentimientos de orden ético se generan a tenor de la sociabilidad.

En el fondo de su explicación —que ni sumariamente presento aquí— late una negación, que él no formula por modo expreso: no existe naturaleza ética dada. Bien, esto habría que puntualizarlo. Hay, al menos, una disposición individual, fértil. En el caso de las ideas innatas, el problema es análogo. No existen: aceptado, como no existe, concretamente, el árbol en la semilla. Pero la ideación humana está condicionada por la organización cerebral, y esa ideación es similar en todos los hombres (en cuanto a procesos psicológicos) con las excepciones del genio y del infranormal. ¿No está condicionada también la aparición de los sentimientos? Sí, por la sociabilidad, se dirá. A lo cual hay que agregar: y por la índole del sujeto. Si alguien arguye que la heredó y que por lo tanto esa herencia es ya una elaboración social en los antepasados, remontaremos el punto en la serie: siempre llegamos a que lo ético está doblemente condicionado: el medio, el tipo de comunidad, y lo radical del ser.

El temor de pisar predios metafísicos impide a veces a Varona contar con realidades sin cuyo concurso nos acercaremos menos a la verdad.

En lo concerniente al Positivismo que aceptó, hay necesidad de aclaraciones. Me ciño a dos puntos: no se adhirió a esa doctrina por la vía francesa, de Comte; no la superó, en lo cual su caso es diferente del de Korn.

Contamos, por fortuna, con un extenso artículo de Varona sobre el Positivismo. Apareció en la *Revista de Cuba* en 1878. Después lo

incluyó el autor en sus *Estudios Literarios y Filosóficos* (1883). Como siempre, declara mejor sus credos en trabajos sueltos, y más si son de impugnación. Este artículo lo escribe con motivo de *Le Positivisme*, de André Poey (París, 1876).

Sorprende a Varona que un naturalista y meteorologista como Poey haya seguido a Comte en todas las fases de su elaboración doctrinal. Véase siquiera un párrafo: *Que Littré haya salido cuanto antes de estas asambleas episcopales, lo comprendo; pero que el señor Poey pretenda un puesto en ellas me parece inexplicable. Y no hay en esto duda; nuestro ilustre compatriota figura, con igual título que los Bonald, los De Maistre, en el número de apologistas del régimen unitario de la Edad Media y de los detractores de la nuestra, inficionados por el virus del libre examen.*

No sólo condena la segunda etapa del pensamiento de Comte, sino que hace muy sustantivos reparos a su Positivismo. No los reseño. Basta recordar los aspectos inconsistentes que señala a la conocida clasificación de las ciencias del gran pensador francés.

Cree que las varias crisis mentales de Comte explican las aberraciones en que cayó. Lo que adopta de la corriente positivista que inicia Comte, luce atenuado, pues declara que está “muy lejos de considerar desprovisto de valor el positivismo francés”. Cree que “la escuela inglesa era sin duda, positivista, sin haber pasado por Comte”. Esto último revela su preferencia, y confirma las influencias que ya apunté, del empirismo inglés. No es necesario insistir.

La teoría de la evolución, muy de su tiempo (sin que le neguemos contenidos de perennidad), colora muchas páginas de Varona. No va por ella al mecanicismo, si éste ha de ser sistema, porque él rehuye las concepciones del Universo. Pero mucho menos va por ella a la teleología. En pasajes de la *Lógica* muestra aire de triunfo cuando tras severa refutación, cree ver desvanecidos, de una vez, el *noumenos* y el *finalismo*.

Ese apego a lo puramente fenomenal, esa constante eliminación de las especies metafísicas, explican, aparte de otras razones, que Va-

rona no originara movimiento alguno en torno a su enseñanza. No formó discípulos.

Don Fernando de los Ríos nos decía, a propósito de Varona: “¡Ah! pero el Positivismo suprime los problemas”. En efecto, pocas incitaciones se producen si no entran en una filosofía aquellos temas cuyo planteamiento y discusión, sin más, ya suscitan intereses universales.

La Epistemología, la Axiología, el estudio de los sistemas, quedan excluidos de la enseñanza de Varona. Algo figura en su *Lógica*, pero él no la explicó en la Universidad. Así que su magisterio —Psicología, Sociología, Moral— fue por el cauce de las ciencias particulares.

Es conocido el episodio filosófico del neokantismo. Hacia 1870 estaba en la atmósfera intelectual europea la vuelta a Kant. De modo que Varona pudo difundir lo general de aquel movimiento cuando menos. Sus cursos se refieren a varios neokantismos. Pero aquella reorientación no penetra como cosa viva en su enseñanza. No es extraño que no la preconizara, aunque cabía informar sobre el acontecimiento.

Parece, por eso, que hay una laguna en la continuidad filosófica cubana del siglo pasado. Sin embargo, el neokantismo está representado por don José del Perojo, que pocos conocen en Cuba.

Perojo tradujo al español la *Crítica de la razón pura*. Hay reciente edición, con prólogo de Francisco Romero, que la encomia. Quien se interese por la obra y por el autor hallará datos valiosos en las páginas del prologuista. Claro que la versión de Perojo fue una de las varias resonancias del neokantismo. En este caso no se trataba de una explicación ni de un nuevo rumbo, sino del texto de Kant vertido a nuestra lengua.

He dicho que Varona no superó el Positivismo y que Korn sí lo hizo. Quede reafirmado esto último en palabras de Francisco Romero que se hallan en el prólogo a *Filósofos y sistemas*, de don Alejandro. Valen por lo que atañe a Korn, y porque a los cubanos dedicados a estas disciplinas, les muestran, en síntesis, lo que en Cuba pudo hacerse, siquiera como información, a partir del 80. *No fue Korn, desde luego, el único que entre nosotros, puesto el oído a los más profundos*

rumores, del espíritu contemporáneo, haya pugnado trabajosamente por la superación del Positivismo. Pero en él coinciden maneras de ser, dimensiones del pensar que le hacían sumamente apto para la empresa. Precisa en seguida tres modos en que Europa se libra de las limitaciones positivistas: el comprender con nueva hondura la historia de la filosofía; el auge de las discusiones gnoseológicas, encarriladas sobre un complejo movimiento de retorno a Kant, y el despunte del problema del valor, de raíz, kantiana también en algunos, pero generalizado después en indagaciones originales.

En cualquiera de los tres cursos de Varona, en fin, hay partes de validez actual. Si hubiera que desecharlo todo, en obras como ésta, sería imposible la organización del conocimiento. En lo histórico, el polvo de la verdad forma lenta sedimentación. La capa estabilizada consiste en nociones, leyes naturales, credos, idearios. . . Es de muy poco espesor, y eso, bajo el riesgo de que lo remuevan, en parte. No obstante, ahí va depurándose, fijando su derecho a perdurar, como capitalito de la especie humana. Sus primeras aportaciones son viejas. *El Fedón, La República, El Teeteto. . .* en las porciones que hoy aceptamos.

Pero la mejor lección de Varona, en lo filosófico, a más de las páginas hasta ahora vigentes, es la de su probidad, la de su cautela, la de su sentido didáctico que se resuelve en firme articulación de partes y en ejemplar claridad. Además, el modelo de una elocución nítida, elegante. ¿Qué más? —Aquello que expresó en la dedicatoria —transcrita arriba— de su *Lógica* a la juventud de su tiempo.

VI

El político y el sociólogo

Ni las letras ni la filosofía sustrajeron a Varona de la actuación en la vida pública de Cuba. No fue un hombre de acción, en el sentido corriente del concepto; pero tanto en los últimos veinte años del siglo

XIX como en los primeros treinta del actual, su pensamiento y su palabra, escrita o hablada, se sintieron en el país.

Tendríamos que fijarnos en el prestigio de Saco y en el de José de la Luz para hallarle semejante al de Varona. Adoctrinó la conciencia de las minorías capaces de comprenderlo.

Figuró al principio entre los dirigentes del Partido Autonomista, cuya gestión se desenvuelve de 1878 a 1898, si incluimos los años 95-98, de la Revolución, en que el Autonomismo no supo —único error suya quizá— disolverse y morir. Poco después de la muerte de Cortina, en 1884, se separa Varona de aquel Partido. Sus ideas, al cabo, fueron separatistas y desembocaron en las aguas agitadas de la Revolución. Martí, tan diferente de él, lo amó, y Varona sintió pasar por su espíritu, como una fuerza sagrada, la emoción peculiar del Apóstol sacrificado.

Buen número de títulos en la bibliografía de Varona indican su preocupación por la política cubana y por la estructura social del país. La parte nociva de la herencia colonial lo aterraba y no sé si en ocasiones le hacía desconfiar de nuestro destino.

Su pensamiento político y social lo discernimos bien en unos cuantos escritos: “Cuba contra España” (1895), artículos políticos de *Patria*, en el período de la guerra de 95, el elogio de Martí (1896), “El fracaso colonial de España” (1896), la conferencia sobre el sufragio universal (1905), la titulada “El Imperialismo a la luz de la Sociología” (1905), los artículos “El talón de Aquiles”, “Abriremos los ojos”, “La tregua política” (1906).

Dos libros, *Por Cuba* (1918) y *De la Colonia a la República* (1919), contienen parte de esos trabajos y otros que no menciono. Nótese que las fechas indican los años finales del siglo pasado y los dos primeros decenios del actual en que la vigilancia de Varona fue de singular devoción.

Anteriores a 1895, señalaría yo dos trabajos: el artículo “Los grandes hombres” (1886) y “El poeta anónimo de Polonia” (1887). Desde luego que escojo una pequeña parte de su producción en la cual

se hallan, según creo, sus criterios más claros y sostenidos sobre la cosa pública.

El ideario de Enrique José Varona, a ese respecto, pertenece a la cultura del siglo XIX. Liberalismo, Democracia, Parlamentarismo. Y desde luego, Soberanía y Constitucionalismo. Liberal y separatista en la Colonia; conservador en la República. Pero ya sabemos que una cosa es la doctrina liberal, clásica, y otra, bien desviada, es la realidad de los denominados “partidos liberales”. Como tampoco respondía el “partido conservador” de Varona a los fines humanos que a él le preocupaban. Por eso no fue como político, eso que suele llamarse “un hombre de partido”. No lo hubiera sido en el seno de ninguna agrupación.

Puede haber “hombres de partido” convenientes, útiles a la comunidad; pero no lo son en los más de los casos, ya que supeditan cualquier interés al del sector de su militancia. Varona lo subordinaba todo a lo humano y a lo nacional. Su propio bienestar podía rodar por el declive. No fue jamás triunfador, oportunista, en lo material. No se adhirió a ilegalidades ni participó en actos de desgobierno. Fue Ministro de Instrucción Pública, Jefe de un partido poderoso, Vicepresidente de la República. Vivía en sus últimos años de una pensión que le fueron reduciendo. Murió pobre. Todo lo cual testimonia su textura de hombre. Su raza, es decir, la de los espíritus como Saco y Martí, o de veras no tiene razón de ser en el mundo, o cede, ahora, vencida, el lugar a los profetas de “la realidad”.

Lector, hemos topado con el monstruo. Sí, ese es: la Realidad. ¿No te lo han mostrado como supremo dictador? Varona no se rendía a su temible seducción, porque sabía interrogar: ¿qué realidad? En efecto, hay varias. La monstruosa, cuyos enamorados forman legión es la que le predica a cada mortal: “triunfa tú, como puedas, que lo demás es sermoncito”.

Esa actitud (“práctica”, ¿cómo no?) es vieja en la historia. Remonta, cuando menos, a los pasajes de Trasímaco y Calicles en la *República* y al *Gorgias* de Platón. El sermoncito también tiene siglos:

ya el Cristianismo —que no es exactamente la Iglesia— encontró la tradición de Sócrates —su modo de morir— y la enseñanza de Aristóteles en su *Política*, que atribuye al Estado una finalidad: “la vida buena” entre los hombres. La marcha entera de la historia es una alternancia del Monstruo y el sermoncito. Que la moralidad consiste en ideas convencionales sin base en la naturaleza, pensó ya algún sofista griego. Que existen leyes naturales anteriores y superiores a la legislación positiva, creyó percibir Antígona, la de Sófocles. Ola de tinieblas. . . Débil claridad creciente. . . Así vamos.

Varona no se contaminó, rodeado como estuvo de la realidad colonial, abominable, y de la temprana corrupción de la República. De ahí que algunos lo llamaran iluso.

Volviendo a su formación en “las cosas sociales y humanas”, para emplear una expresión consagrada, lo que hoy vale y perdura es su preocupación por la vida pública y su pureza personal. No creo que su ideario funcione mucho en lo porvenir.

Un día se fió todo a constituciones que incluían la estructura del Estado, la organización de los poderes, la enumeración y la garantía de los derechos individuales. Era una resonancia del Derecho natural y de los postulados de la Revolución francesa. Nuestra constitución de 1901 representa, de las últimas, aquella concepción del Estado. La reciente, de 1940, abre paso a instancias económicas, sociales. El Derecho Político se reorienta, y aunque los nuevos estatutos que inspira no aseguran todavía la justicia a todos, apuntan a lo menos las notas esenciales.

No alcanzó Varona esa rectificación. ¿Hubiera estado de acuerdo con ella? Lo cierto es que su mentalidad política es de configuración individualista. ¿Stuart Mill, Spencer? Pero no pasó inadvertido a sus ojos el avance del socialismo. Tampoco se desentendió de la doctrina de Marx. El materialismo histórico lo aprecia así: “Es la exageración de un principio cierto”. Lo estima excesivo en cuanto se busca en la infraestructura económica la génesis y explicación de las instituciones, del tipo de sociedad, del Derecho, de la cultura, de los valores. No

obstante, ve en la teoría “un principio cierto”. No sé si sería razonable esperar más de un hombre formado en las corrientes del Individualismo occidental. Cabe siempre objetar que la cultura de Occidente, ya generó otras corrientes, las opuestas al Individualismo, en el pasado siglo. Así es, pero Varona no se educó en ella, por su ambiente de juventud de Camagüey, por la hechura cubana, por la lección que le dejaron los primeros libros fundamentales que leyó, por sesgo personal, en fin.

Vamos a otros motivos. De oro y azul puso a la actuación española en las conferencias sobre el fracaso colonial. Le negó capacidad de nación colonizadora. Los americanistas se dividen hoy frente al problema. Carlos Pereyra y José Vasconcelos representan, en México, una tendencia. Pero Vasconcelos, con toda su acendrada hispanidad, juzga imparcialmente, creo yo, en los más de los casos. José María Chacón y Calvo, en Cuba, se apoya en su largo examen de documentos en los archivos españoles para defender las bases doctrinales de la colonización, hechos jurídicos y religiosos que Varona no percibió. Pero la corriente contraria, a su vez, arrecia. Dista mucho Varona de estar solo.

No soy americanista. Me parece que el polígrafo cubano, al estudiar la obra de España en estos países, recargó las tintas sombrías y desatendió el papel de civilizadores, evidente en los colonos desde principios del siglo XVI. Ese trabajo, de 1896, lo escribió en plena atmósfera de contienda bélica. Por lo demás, los hechos en que se fija Varona no pueden negarse.

El folleto *Cuba contra España* (1895), que se tradujo a varios idiomas, es la justificación de la guerra ante el mundo. El estilo, de suyo sobrio en el autor, llega en ese alegato a una concisión que se aduna bien con la sequedad de las cosas demostradas. Es una denuncia terrible, donde, desechado todo recurso retórico, van los párrafos seguros de la verdad que les da tensión.

Ya había quedado el régimen español como chupa de Dómine en *El bandolerismo*, que data de 1888. Aquí el examen sociológico, frío,

abarcador, busca en las peripecias bélicas de la historia de España las persistencias de la depredación. *Desde el punto de vista que nos interesa aquí, lo característico en esa historia es el largo predominio de la violencia. Entre las naciones que constituyen verdaderamente la civilización europea, no hay ninguna donde haya durado más. No hablemos de las guerras extranjeras. La guerra civil ha sido dolencia crónica del español en Europa y en América. La reconquista sólo en sus caracteres exteriores fue guerra de razas; en el fondo llegó a ser una larga guerra intestina. Soldados y caudillos que estaban hoy del lado de los cristianos, combatían mañana al servicio de los musulimes. A favor de esta confusión, bandas sueltas de hombres, de armas vivían del pillaje, indistintamente en tierra de moros o en tierra de cristianos.*

Cree Varona, y en este principio se funda, que *puede heredarse o no la tierra, la fortaleza física, la cultura; la historia se hereda siempre. Cuba es una colonia española.*

Se fija después en la realidad cubana, heredera de seculares hábitos hispánicos. No olvidemos que escribe esto en 1888. Lo cito textualmente, no tanto por echar en cara a España su lección, sino porque hasta hoy, si suprimimos lo tocante a la esclavitud, la República se retrata con bastante fidelidad en el pasaje, que dice así: *El ansia desapoderada de la riqueza, del lucro por lo menos, que parece ser característica de los pueblos nuevos en nuestros tiempos, ha reinado entre nosotros sin contraste; y ha subvertido los principios fundamentales de la probidad social. Enriquecerse a toda costa ha sido aquí el objeto principal de la vida, y la fortuna ha podido cubrirlo, cohonestarlo, dorarlo todo. De mozo de cordel a negrero; de negrero a título de Castilla. Esta ha sido la escala. Y una vez en lo alto, nadie ha mirado hacia abajo. Las manos podían estar sucias de carbón de sangre, pero con ponerlas a la espalda, la banda de la gran cruz brillaba sobre el pecho en su esplendor immaculado. De aquí han nacido como de manantial inagotable, la mala fe en los contratos, el fraude en el comercio, la informalidad en todas las transacciones, el cohecho y la venalidad convertidos en instituciones, el negocio sustituyendo, naturalmente, sin esfuerzo,*

sin asombro de nadie, al trabajo, a la industria, a la pericia, a la ciencia. El resto de la página se refiere al juego en todas sus formas, en España y en Cuba.

Cierro estas citas con una muy breve. Sería en extremo interesante que alguien (desde luego un individuo “práctico”) adujera buenas razones en contra del juicio envuelto en esta interrogación de Varona: *¿Hay quién presuma que aprenderá a respetar la propiedad un pueblo acostumbrado al encubrimiento, al esplendor y a la impunidad de los ladrones del caudal público?*

Ya observé que el ideario de nuestro filósofo cae en los cuadros del Individualismo, aunque él no trató por modo directo y explícito de este régimen ni del Socialismo. No advirtió, parece, que esos males, tan certeramente vistos, hallan campo abonado en sociedades individualistas, donde, en el fondo, la férrea divisa, salvo la virtud de las minorías, es la de “sálvese el que pueda”. Esto, con error, porque *salvarse* como individuo y como nación no tiene otro sentido que actualizar, lograr, las mejores potencias de lo humano.

Contra su costumbre, Varona muestra una extensa bibliografía en este trabajo. Se vale de autoridades, y a veces, de clásicos españoles, como en el largo pasaje que toma de *Movimiento, separación y guerra de Cataluña*, de Francisco Manuel Melo, sobre los salteadores.

No infiero de lo expuesto una actitud antiespañola en Varona. Ello sería como declararlo anticubano por haber condenado más de una vez las torpezas de la República. Nada menos que en el discurso de recepción en la Academia Nacional de Artes y Letras, en 1915, arde su queja en lumbres de elocuencia bíblica, como si lo poseyera el aliento de Isaías cuando pinta las abominaciones de Babilonia. Habló así el austero guaidor: *La generación de cubanos que nos precedieron y que tan grandes fueron en la hora del sacrificio, podrá mirarnos con asombro y lástima, y preguntarse estupefacto si éste es el resultado de su obra, de la obra en que puso su corazón y su vida. El monstruo que pensaba haber dominado resucita. La sierpe de la fábula vuelve a reunir los fragmentos monstruosos que los tajos del héroe habían separado. Cuba republicana parece hermana gemela de Cuba colonial.*

No es la España buena y grande sino la parte inferior de su historia lo que afea el sociólogo. Quien de mozo ordena una antología de líricos españoles, y en 1883 estudia a Cervantes en términos de abrir ruta nueva a la crítica, y en 1905 desentraña el Quijote y señala en férvida loa la categoría artística del Romancero, sabe que todo eso brotó, no de éste o aquél numen aislado, sino del genio de una nación porten tosa.

Suelen los antiespañoles, por acá, en nuestros países, apegarse a lo francés, en cosas de cultura, y a lo norteamericano en punto a política y costumbres. No se enamora Varona de esos modelos, sin negarles lo que positivamente han traído a la vida moderna.

Al principio de nuestro siglo, y hasta hace pocos años, la palabra *Imperialismo*, su concepto, la amenaza que envolvía, a los ojos de muchos, eran temas de ensayistas y poetas en Hispano-América. No me toca decidir ahora si eso es tópico exhausto o si la cosa todavía aconseja vigilancia. Lo que me interesa es recordar cómo reaccionó Varona a ese respecto. Me refiero a su conferencia “El Imperialismo a la luz de la Sociología”, de 1905.

Doctísima disertación, por cierto. Describe el Imperialismo como fenómeno contemporáneo, con tradición en la antigüedad. Lo examina con técnica de sociólogo. Se atiene a las realidades de la expansión, de la penetración que grupos humanos de superior estructura y pujanza van efectuando en ajenos dominios. Se detiene en el hecho tal como se manifestó en Roma, y tal como ocurre en Inglaterra y los Estados Unidos. Con respecto al destino de Cuba, teme, prevé, orienta.

No impreca. Escoge medios salvadores. Ve en la escasa población cubana un factor desfavorable para que muy próximos a una nación poderosa conservemos nuestra unidad política y étnica. Quiere que crezca la población cubana; que para ello nuestra administración favorezca la vida fácil y abra vías a la inmigración conveniente. Quiere que nuestra estructura económica rectifique sus deficiencias. Quiere que alcancemos una cultura superior.

Población, economía, cultura, son los problemas capitales para nos-

otros, en lo concerniente al Imperialismo. En torno a esos menesteres giran sus reflexiones, a las cuales aludo no más. Cuando dice “cultura”, incluye —y lo acentúa— valores éticos, concordia civil. Le aterra pensar en que no se atienden las tres condiciones expresadas.

Su criterio sobre el sufragio lo sostuvo en una memorable conferencia de 1905. Nuestros juristas y políticos más notables discutieron en una serie de actos efectuados en el Ateneo de La Habana la naturaleza del voto popular y la forma que nos convenía aplicar en Cuba. Varona combatió el sufragio universal.

Basta consultar los principales tratadistas de Derecho Constitucional para advertir el grado en que ese tipo de votación prevalece. No obstante, Varona optó por el sufragio restringido. Su tesis no podía triunfar, pero el examen que hizo de la realidad social y de lo falaz del voto, tal como la operación se practica, es de una fuerza concluyente.

Como derecho y como función han considerado el sufragio los especialistas en Derecho Político. Basta acudir a las obras de Esmein, Duguit, Hauriou, Garner, Posada. . . Varona no cita una sola autoridad ni es explícitamente doctrinario su estudio. Pero late en la pieza la doctrina que con posterioridad expuso el profesor Garner: *The French political dogma of the eighteenth century, that the right of suffrage is a gift of nature, belonging to all citizens alike, has generally been rejected as a false and pernicious principle* ⁴.

No creía, en efecto, el disertante del Ateneo que el sufragio constituye un derecho como otros inherentes a la condición de hombre. En cuanto al ejercicio del voto y a sus resultados, cuando se extiende a todos los ciudadanos, declaró que las elecciones que había presenciado en New York lo curaron radicalmente “porque eran la negación completa del sufragio, su falsificación audaz, sin velos de ninguna especie”.

No creía que a virtud de la mágica palabra *Derecho*, un pueblo como el nuestro, que acababa de salir de cuatro siglos de coloniaje, y de

⁴ *Introducción to political science*, p. 491.

dos guerras tremendas, y de una “reconcentración” espantosa, podía convertirse en electorado capaz de darnos un buen gobierno.

Su descripción es de un realismo anonadante. El “pueblo”, y esta es otra palabra que parece decidirlo todo. El sociólogo se acerca a los hechos, y nos dice que la tercera parte de los habitantes de La Habana vive en las casas de vecindad; que en los campos está disperso, sin comunicaciones; que ocupa los bateyes de los ingenios; que corta la caña bajo un capataz; que vegeta y muere en las vegas de tabaco, de cuyo cultivo no recibe beneficio. . . El pueblo, sí, falacia engañosa. El pueblo explotado por el central azucarero y aprovechado por el cacique político, va a obrar el milagro de la democracia. Por ahí va la lección de Varona esa vez. Y se piensa, sin más, en nuestra América: caucho, salitre, petróleo. . . vorágine generadora de libros tristes.

Dije antes que el ideario político de Varona lo forman corrientes del siglo XIX, como se originan allí también sus credos cardinales en Filosofía. Mas el aserto necesita completarse con salvedades. Por lo pronto, su sentido de la Democracia no participa de aquel optimismo que confirmó en el sufragio y en las constituciones escritas.

Lo que ha habido en toda esta acumulación de doctrinas es una experiencia más. La confianza en las ideas generales ha sido fruto del racionalismo, y en lo jurídico —Derecho político en este caso— una culminación del Derecho natural. Ese cuerpo de ideas se ha ido desintegrando. Retenemos los términos, cuando apenas creemos ya en el mensaje.

El Derecho natural caló en la cultura hispanoamericana. La concepción jurídica de H. Grocio nos llegó en los libros de Sthal y Ahrens, que circularon en español. Hoy renace el *jusnaturalismo*, pero reorientado. El punto no es para tocarlo en cuatro líneas. Aludo a la escuela clásica del Derecho para situar fuera de ella a Varona. Como vimos, su filiación hay que buscarla, sobre todo, en el empirismo inglés. No lo seducen las elaboraciones abstractas del Derecho natural. De ahí que se ponga en guardia cuando oye invocar lo de “pueblo”, “sufragio”, “derecho”. El los concibe después de descender a los hechos.

Por cierto que ha habido en Cuba resonancias bien discernibles de los credos políticos que generó el Derecho natural. Lo ilustro con un pasaje de don Manuel Sanguily. Me servirá a la vez para reiterar que la mentalidad de Varona no se forma en esas doctrinas.

*La Constitución votada en Guáimaro fue obra casi exclusiva de Zambrana y Agramonte, formados en los mejores colegios y en la Universidad de La Habana. Respondía al mismo espíritu que reinaba en aquellos meeting y peroraciones, al idealismo cosmopolita, filantrópico y humanitario que se infiltró en las venas de la Revolución, desde temprano, para encender en ella la ilusión y la quimera*⁵.

Las notas sintéticas de ese texto se refieren —es fácil notarlo— a la Declaración francesa en los derechos del hombre, a la filosofía que la produjo y a la difusión que alcanzó en Europa y América aquel modo de ver al individuo y la sociedad.

No niego que alguna vez Varona pague tributo a la seductora prédica. Ni creo, por mi parte, que el realismo jurídico de Duguit, por ejemplo, que desecha la idea de soberanía, como ente metafísico, incluya toda la verdad. Pero el impugnador del sufragio universal en Cuba, se desentendió, en sus enseñanzas más meditadas, de los elementos racionales, abstractos de aquella tradición. Tradición noble, en verdad, que alentó esperanzas, ahora desvanecidas.

La doctrina —muy siglo diecinueve— de “los grandes hombres”, representada, entre otros, por Carlyle y Emerson, no convenció a Varona. Su amigo de la juventud y después compañero en la Universidad, Evelio Rodríguez Lendián, pronunció en 1886 una conferencia, verdadera apología del genio o héroe redentor. El joven amigo de Rodríguez Lendián, discrepó de aquel modo de entender la Historia, y refutó la pieza oratoria. Empieza su artículo con las palabras iniciales del *Don Juan* de Byron: “I want a hero”.

El Dr. Elías Entralgo, profesor de nuestra Universidad ha demostrado en acucioso estudio⁶, que el pensamiento social de Varona

⁵ *Oradores de Cuba* (reimpresión de 1926, p. 80).

⁶ “El ideario de Varona en la Filosofía social”.

se halla diseminado en numerosos escritos sueltos. Este a que me refiero me ha parecido siempre uno de los más aclaradores.

No cree el Maestro que los pueblos necesitan Mesías. Cree que “el trabajo continuado de los pequeños es el que realiza las obras colosales que luego se atribuyen a los grandes”. Así concibe uno de los aspectos de la democracia. Advierte, empero, que no por eso desconoce la importancia social de los hombres mejor dotados.

Se fija en la función de los precursores y en el agotamiento de una teoría o sistema, por lo cual es inminente el cambio. Tales son sus dos observaciones en el texto siguiente: *¿Encarnaremos la doctrina de la descendencia en Darwin? Pues reclamarán al punto Lamarck y Geofroy Saint-Hilaire, sin hablar de los dii minores. Lo que hay es un sistema gastado, el de la fijeza de las especies, un cúmulo asombroso de hechos que lo contradicen, y espíritus generalizadores, movidos por la necesidad de encontrar una nueva explicación al gran problema, que presentan sus soluciones.*

A más del criterio científico que sostiene, en lo transcrito, sobre la historia de las ideas, había en él una actitud de previsión. La Independencia no iba a tardar. Temía los efectos sociales del contraste: hombres superiores arriba y pueblo impreparado abajo. No quiso alentar esa concepción de la sociedad, aunque él mismo era ya uno de esos “grandes hombres”.

Merecen citarse las dos cláusulas con que finaliza el artículo: *La foramirífera microscópica perdida en el fondo del océano es la obrera invisible de los futuros continentes. La idea que todos los labios repiten y que todos los corazones reciben es la que transforma al mundo.*

VII

El filósofo y el apóstol

El elogio de Martí que pronunció Varona en 1896 es a mi juicio, en ese género de trabajos, la pieza más bella que tenemos sobre el apóstol.

Si la leemos seducidos por su encanto, nos parecerá que el sociólogo, cauteloso ante la doctrina de “los grandes hombres”, se ha convertido a la mística que los encumbra. Mas si releemos buscando los fundamentos del discurso, nos percatamos de que el orador no ha rectificado la tesis que sostuvo diez años antes.

En efecto, es tan hermosa la devoción del tributo en ese elogio, que bien puede pensar el lector, por momentos, en una conversión. No la hay, sin embargo. Al contrario, reaparece aquella idea de la inminencia de un cambio. En esa inminencia está el soporte histórico y psicológico de la obra revolucionaria. Si es Martí el elegido, Varona ve, en lo profundo, las fuentes de que manan su fe y su acción. Lejos de tornársele, por eso, frío examen su discurso, halla materia para el fervoroso recuento. Aquí, mejor que en lugar alguno, se reveló como artista.

Cuando, recién terminada la guerra de los diez años, residió Martí muy corto tiempo en La Habana, cuenta Varona que lo escuchó una vez y de tal suerte se sintió deslumbrado, que al anunciársele que debía contestar al orador, tuvo dificultad en ordenar sus ideas, pues se había dejado llevar por el hechizo de aquella palabra singular. Lo deslumbró.

Recuerda, muchos años después que en un sitio siempre congestionado de gente, en New York, “no oía sino su voz conmovida que me conmovía”. El filósofo dejó correr la vena del apóstol, próximo a caer en la contienda que él había suscitado. Lo conmovió.

Muy poco después, queda en las letras cubanas el elogio de 1896. La “flor de mármol” que vio Martí en su gran amigo, suavizaba sus pétalos, y nunca, entre nosotros, subió de una conciencia aroma tan penetrante en loor de un Justo.

Por fin, ya en la República, los recuerdos del peregrino asaltan al filósofo. . . “No he vuelto a ver a Martí, sino ahora sobre su blanco pedestal de mármol”. . .

No sería fácil hallar entre nuestras grandes figuras del siglo pasado, otras dos tan diferentes. Lo eran por la organización mental, por

el temperamento, por las reflexiones de juventud, por la cultura, por el modo de servir al país y hasta por las conclusiones a que uno y otro llegaron con respecto al enigma del universo y de la vida. En esto último, por ejemplo, Varona evitaba todo ideario que rozara lo ultraterreno, en tanto Martí, que “subió hasta Dios por la escala del dolor”, en la expresión de Darío, afirmaba que la tumba es vía y no término.

Disímiles en mucho y en cosas fundamentales. No obstante, el apóstol le vió la armonía interior y el intelecto lúcido al filósofo, y éste, un día deslumbrado y otro día conmovido, sintió las ondas vivas, la amorosa, imperante misión del hombre que organizó una Revolución sino dios.

Quien busque pruebas de la capacidad de Varona para adentrarse en un espíritu superior, lea el elogio que hizo de Martí. No creyó en la supervivencia de tal o cual sustancia humana, después de la muerte, pero sí en el cultivo de valores éticos y hasta en su creación por el esfuerzo y el sufrimiento.

Singular belleza la de estas conciencias —Varona un caso— sin preocupación por el destino humano fuera de la vida, insensibles a la religiosidad, y con todo, consagrados a salvar la espiritualidad de la raza, en la elevación del individuo, en las normas de convivencia, en la rectitud política. . . Demuestran, sin proponérselo, que el vivir tiene su centro de gravedad en los intereses del espíritu, y que todo lo demás, cuando acabemos de entenderlo, debe ser un medio para esos fines. Confusión de medios y fines, tal es la clave del drama universal. Hay que rectificar los programas educacionales para aclarar y fijar esas dos instancias.

Martí, en fin, meditó su obra revolucionaria, acercó a los hombres, les habló en lengua profética. Profeta no es, necesariamente, el que anuncia. Es, sobre todo, el que nos dice la seria finalidad del vivir. Reveló el encanto de la bondad, las condiciones de la hombría, el decoro de la libertad. Predicó la guerra inevitable. Vivió enamorado de “nuestra América”. Percibía, por entre los silencios de la noche, la endecha de Cuba, nota lejana siempre inconfundible. Algún español honrado,

que lo escuchó en Tampa, húmedos los ojos: —“No, no me invitéis a oírlo otra vez. . . No me atrevo, porque me convierte”.

Varona, entre sus libros, se entera, de los dieciocho a los treinta años, de las direcciones más constantes de la cultura europea; ofrece el resultado de sus pesquisas en cursos famosos; se incorpora a la política liberal, hasta adherirse al separatismo; adoctrina en puntos de estética y crítica; examina la obra de España y América, y un día abandona su metodología y su culto a lo empírico para comprender a José Martí, como si dijera: yo también veo eso. . . y me sitúo a su nivel para contar la maravilla. Su elogio, sin embargo, no forzaba ningún resorte: fluía bien de su sensibilidad.

Por eso pudo decir: *Temprano lo consagró la vida, temprano lo ungió el dolor para su duro apostolado.*

Los estóolidos verdugos que cargaron de cadenas aquel niño endeble, no podían sospechar, en la estrechez de sus entendimientos el ángel vengador que había de surgir de entre aquellos hierros, armado con la lengua llena de imprecaciones y la espada fulminante de rayos.

Y en sus sueños de gloria y dignidad patriótica, se vió a sí mismo con la espada de Cuba desnuda en las manos.

Creían en Martí, porque Martí sentía con ellos y era sincero. No hay grande hombre sin una gran sinceridad.

Martí vió más hondo que todos los suyos porque sentía más hondo. Y su entusiasmo, fortalecido por el dolor y el trabajo, le sirvió más que a otros su ciencia.

Esta última aserción es reveladora. Recuérdense la dedicatoria del curso de Lógica a la juventud cubana, en 1880. Todo lo deriva allí del “amor a la ciencia”. Después sus métodos no se desviaron de los que adopta la investigación científica. Pero ahora, ante la acción de su grande amigo, declara que el entusiasmo, el trabajo, el dolor, sirvieron más que la ciencia.

Si hay en esto una rectificación, lo que convierte a Varona no es una doctrina sino una vida. La ciencia, las doctrinas, explican, y ¡ay de nosotros si las desechamos!; mas las vidas grávidas de misión, en-

troncan ya con lo divino y traen al mundo una eficacia natural sorprendente. Quizá *sweetness, light*. . . Sea. Varona, tan metódico, medido, realista; Varona a cuestas con un escepticismo que le maduró en las reflexiones *Con el eslabón*, y que él no exhibió antes, se siente en clima propio cuando “desmonta”, término muy suyo, la organización anímica de Martí. La fina, la mejor esencia humana común (*común*, sí, aunque parezca usurparla el genio) lo rindió. El Elogio, analítico y todo, si se quiere, se resuelve en la configuración de una conciencia. El lo había dicho en 1890, al apreciar el libro de Sanguily sobre José de la Luz: “El hombre es el eterno espectáculo del hombre”, en lo cual no sé si recordaba al clásico inglés: “the proper study of mankind is man”.

VIII

Derivaciones

Bien puede el lector inferir de lo expuesto las varias lecciones de Varona. Unas son explícitas. Otras las inferimos con rigor lógico. Otras no se derivan tan llanamente, pero laten en el conjunto. No sospecha, en ocasiones un escritor que las implicaciones de su obra podrán referirse un día a realidades que no consideró. El concepto de fecundidad tiene aquí uno de sus más bellos momentos.

El pensador cubano dice a la juventud dedicada a las letras que no hay escritor que lo sea en realidad sin un aprendizaje fuerte en varias disciplinas, pues el arte de la composición no reemplaza los contenidos, y aun ese mismo arte debe su mejor fisonomía al caudal ideológico del autor.

Dice, pues, con eso, que cierta formación científica, filosófica, histórica, es imprescindible. La gracia del estilo, en Renán, puede ser, en mucho, un don individual, pero su fuerza se deriva del estudio y la meditación.

Y dice también Varona, en punto a letras, que si se maneja con desembarazo el idioma, no caemos en la tentación de “adornar”. Fie-

se la noción clara, o la emoción de ley, a la forma justa, no más, y la cláusula lucirá los atributos de lo vital. Prevalecerá lo sobrio, que es una manifestación de lo decente. La lección viene de diferentes países y épocas, en muchos de sus clásicos.

La economía verbal de Varona es ejemplar, de tal suerte, que a veces nos distrae (experiencia mía, al menos) del curso de las ideas para que nos fijemos en la eficacia de las palabras. Por la exactitud de su empleo nos parecen nuevas. La concisión de muchos pasajes parece cosa de cifras. El “escribir es escoger”, de José de la Luz, halla bien su realidad en la prosa del autor de *Violetas y ortigas*.

Sobre la raíz histórica y racial que un idioma supone, dijo: “Nada hay tan profundamente nacional como la lengua en que vierte el hombre sus conceptos”.

No la afeó con neologismos de mal gusto ni con voces innecesarias tomadas de acá y allá, sin ser, en rigor, un purista. Sus humanidades clásicas diéronle, temprano, un sentido de medida, dignidad y elegancia que es notorio en las más de sus páginas.

No leyó, probablemente, la *History of Criticism* de Saintsbury. Ni se dedicó a esas indagaciones ni vi entre sus libros esa obra cuando examiné su biblioteca privada, de unos cuatro mil volúmenes, pocos meses después de su muerte. Sin embargo, como crítico, su actitud, su método, consistían en enjuiciar sin paradigmas estéticos previos. Aceptaba la producción como hecho consumado y le pedía, no concordancia con éste o aquel cuadro de reglas sino títulos válidos en lo artístico, en lo psicológico, en lo social. . . como si hubiera tenido presente una de las conclusiones de Saintsbury en la citada obra: “. . .judging *a posteriori*. . . came to take the place of judging *a priori*, or by the rule”⁷.

La lección del filósofo pudo haber sido más fecunda. Vimos ya que su empirismo, su apego a lo fenomenal, exclusivo, y, claro, su desvío de la metafísica, limitaron mucho el campo de sus intereses filosóficos.

⁷ *History of criticism*, vol. III, p. 605.

Alecciona, eso sí, en el aprendizaje serio, en la probidad del espíritu científico, en la ejemplar exposición didáctica.

Su pensamiento, además, se inclina siempre al examen de las varias formas de la realidad. Entre los escolásticos hubiera sido uno de aquellos *nominalistas*, receloso de todo arquetipo, desconfiado de cualquiera filosofía trascendental. La “cosa en sí”, si no la niega, le ocupa muy pocas vigiliias.

Enseña, por otra parte, que puede una conciencia, como la suya, extraña a la religiosidad y a la inmortalidad, consagrarse al cultivo de un eticismo vivificador. ¿No es esto, de más profundo sentido, si cabe, que la creencia en lo ultraterreno? ¿No sirve esto para evidenciar la raíz humana de la espiritualidad? ¿No hay en esa devoción una vertiente hacia lo perenne? Por ahí se revela bien uno de los modos de la naturaleza en el hombre.

Como hombre público y como ciudadano deja Varona la doble lección de lo que dijo y lo que hizo. Concibió la política como esfera de servicio a la comunidad, y en los altos cargos que ocupó, nunca pensó que eran oportunidades para asegurar el porvenir económico de su familia.

Bien, esto es a la vez sencillo y complicado. Vamos a puntualizar. De la vida que vengo examinando se desprende una enseñanza de honradez. Lo lee la juventud, y lee y sabe, a la vez, que de otros hombres públicos se deriva una lección contraria. Son los “prácticos”, que van directos a la conquista de lo material. Me refiero a un considerable número de ellos, no a todos.

El educador halla tema para mostrar al adolescente el camino de Varona y loar las virtudes ciudadanas. Lo que casi nunca le dice es la verdad entera. Comprendo que es aterradora, pero es necesario ir situando la educación en plano realista.

Hay que decirle al joven que la conducta de Varona, o del prócer que sea, es la salvadora, al cabo, para individuos y pueblos. En segundo lugar, asegurarle que en los tiempos de mayor descomposición existe una minoría capaz de comprender esas virtudes y atenerse

a ellas. En tercer término que muy pocas veces prevalece esa minoría. Además, por orden, que la mayoría envidia y en secreto aplaude al que se enriqueció con caudales públicos. Y que, en fin, salvo el juicio y el sentir de los menos. Varona y cuantos abandonan elevadas posiciones oficiales, sin fortuna material, son calificados con términos pintorescos y despectivos. Si aludo sólo a Cuba, se emplean por acá dos vocablos de ese jaez.

Después, el muchacho frente a la vida, si no tenemos la valentía de declararle lo que en parte ya él sabe, notará que su escuela le ocultaba importantes perfiles de la realidad.

En efecto, hay una dualidad indigna. Su esquema, puede ser el siguiente. Aquí están —vivos o muertos— los mentores, los que guiaron y vencieron toda tentación. Aquí, al otro lado, los audaces, los triunfadores, los que le vieron al mundo los goces y se lanzaron frenéticos a la posesión de riquezas.

Y habría que decir al muchacho: a los primeros les llaman maestros, o apóstoles; pero es la posterioridad reconocida quien así los exalta. Más cerca de ellos, suelen calificarlos de... Y la legión de los segundos, ahí la tienes. Escoge, y salva la honra.

Se oye hablar de escoger estudios, carrera. Nunca oigo hablar de escoger conducta.

Todavía hay que decirle más al joven. Decidirá, tal vez, si la fuerza del bien lo cautiva, contentarse con atender sus necesidades o alcanzar un bienestar modesto. Pero es que eso, tan legítimo, no lo consiguen siempre los honrados. Que lo sepa, amargo y todo como es. Que lo sepa y escoja libremente, mientras un nuevo estado de convivencia nos salve o un milagro nos convierta.

No tenemos el derecho de formar místicos ni renunciadores. Bien están los renunciadores y los místicos cuando surgen como formas naturales de la raza. Pero la vida, en su multiforme contenido, es para todos una invitación. No vamos a predicarle al adolescente la santidad y la miseria, diciéndole que aparte está para los desaprensivos el disfrute de las bienandanzas. Formaremos así generaciones de cobardes y de hipócritas.

La lección (¡a dónde nos lleva Varona, Dios mío!) tenemos que conducirla con cautela. Consiste en un cambio de mentalidad, que no se limita, como hasta ahora, al grupo dirigente. Urge que la juventud comprenda que lo mejor del hombre se halla comprometido, o negado, o abatido, en la organización de la sociedad. Y que sepa también que la violencia carece de eficacia para fundar la sociedad futura. Y que si utiliza su carácter de estudiante para una acción alteradora, debilitará lo que le interesa intensificar, esto es, su preparación.

Temen muchos avivar estas ideas en la juventud, que es de suyo radical. Mas el magisterio del engaño o de la candidez no edifica.

Lo erróneo estará en confiar en medios ruidosos. Al monstruo hay que minarle el suelo en que reposa.

Hasta hoy la escuela, o ha trabajado en sus programas, desentendida de la realidad social, o ha querido intervenir, desde su seno, en la cosa pública, en tiempos de algaradas. Condenemos lo uno y lo otro. Tenemos que revisar los programas, de modo que los *finés* humanos se destaquen como cosa central. La nueva conciencia dependerá en mucho, de esa revisión.

En frase vaga suele repetirse el tópico de que lo hemos de esperar todo de la educación. Sí, pero ¿de qué educación? La tradicional agota ya su obra y su sentido. No hay que condenarla por entero. Lo urgente es una reorientación. Hasta hoy se ha efectuado una escisión: la escuela a un lado y la vida a otro. Aprender cálculo, redacción, nociones geográficas, nomenclaturas científicas, historia enumerativa, moral de preceptos, ajena a *lo que está haciendo la gente*; eso no mejora a nadie. La ocasión tendrá sentido cuando se proponga obtener mejores individuos.

Cultura. Pero ¿qué vamos a *cultivar* en el hombre? Culto y hasta teólogo era García Moreno, el del Ecuador. La denominada impropriamente *Escuela nueva* trae savias vivificantes. Si la técnica docente primero y la rutina después no la malogran, por ahí hay esperanza.

Algún lector comenta: la reorganización de las *cosas* es lo previo. Los modos económicos están en la base de todo. No creo que está en

esto la verdad total, pero sí gran parte de ella. Y bien, el dilema se plantea: “las cosas” (capital, producción, labor humana. . .) reorientan el espíritu, o éste, reeducado, reorganiza las cosas. Respetemos a los que adoptan una u otra fórmula por creerla capaz de salvar al hombre. Los que mañana no hallarán respeto (hoy sí) son los desaprensivos; los que van con increíble frenesí en busca del oro; los que se encogen de hombros, y aun sonríen de compasión cuando se nombra a Enrique José Varona.

Un día el busto del filósofo cubano fue sustraído del sitio donde se guardaba, antes de erigirlo en lugar público. Jóvenes fervorosos que adivinaban la pureza del hombre recién desaparecido, se apoderaron delpreciado mármol. Un intelectual distinguidísimo intervino en aquella peripecia. El país gemía bajo Machado. El movimiento que iba a derribarlo enardecía su marcha. Aquellos muchachos temieron que el sencillo monumento se inaugurara en atmósfera de indignidad. La ola de protesta crecía. Apenas hallaban lugar bastante limpio para ocultar el busto, el cual pasó vicisitudes durante los meses finales del dictador. Pocos sabían dónde se encontraba. En su noble celo, los inconformes parecían repetir, a varios siglos de distancia, las palabras que grabó Miguel Angel en una de las figuras que esculpió para la tumba de los Médicis: “Duerme. . .”

Lección literaria y crítica; lección filosófica y de superior humanidad; lección política y ciudadana: fluyen todos los escritos y la vida de Varona. No formó discípulos. Pero en el primer decenio transcurrido después de su muerte, se han publicado sobre él trabajos detenidos⁸. Es mucha la parte vigente de su mensaje.

Cierto que a la metafísica que está en todo le dijo: no—, y la excluyó de sus elaboraciones. Pero más resuelto aún dijo ¡no! al materialismo práctico, sin que hiciera del filosófico un sistema.

No hay país de la América hispana donde Varona no tenga hermanos, por la pureza y seriedad de sus vidas. Sin salir de la familia antillana, ahí están Hostos y Américo Lugo.

⁸ Entre ellos el *Varona* de José Antonio Fernández de Castro, editado recientemente en México.

Recientemente José María Chacón y Calvo y yo, nos dirigíamos una tarde a la casa de don Américo, en la capital de la República dominicana. No la encontramos, y después de vueltas inútiles, sin noticia segura del domicilio que buscábamos, Chacón dijo al *chofer*: Pues ya que no damos con los vivos, llévanos a ver a los muertos. Nuestro hombre nos miró interrogante. Sí, aclaró Chacón, vamos a la tumba de Hostos.

A los pocos minutos entrábamos al cementerio. Un guardián, sin idea clara del famoso antillano, nos condujo al lugar de su reposo. Junto a los mármoles estaba un joven que había ido de Santiago de los Caballeros a las fiestas del centenario. Lo sorprendimos inmóvil, con la devoción del silencio ante la borrosa inscripción de la lápida. Lémos el texto latino: “Amó la verdad y la justicia”. . . Lo demás era ilegible.

Permanecemos allí unos minutos. Recordé a Varona, recogido, sedentario, pero de positiva afinidad ética con el prócer viajero cuyos restos guarda la ciudad primada de América.

Al día siguiente, mejor informados, hicimos nuestra visita a Américo Lugo. El admirable viejo, de cabal lucidez a sus ochenta años, nos habló de Cuba, de Martí, de Varona, como de cosas propias. Estos hombres como Lugo, centrados en el bien, dejan no sé qué claridad en la conciencia.

La misión mexicana organizó un acto a la memoria de Hostos. Yo hablé de Varona en la Universidad.

Me sentí en comunión con los tres antillanos, hijos del clima.

oú les Antilles bleues
Se pament sous l'ardeur de l'astre occidental.

La lección de Varona no fue de amable comunicación como aquella que fantaseó Rodó en la figura de *Próspero*. No hubo grupo ni plática cotidiana. El filósofo no poseía la gracia de José de la Luz a ese respecto. Diseminó su lección larga, tenaz, en variadísimos escritos. Perdura y nos pone en aprieto. —¿Cómo?— Porque apenas la hemos aprendido. Lo de siempre. Unos cuantos la saben, pero no prevalece.

Eso, en lo general. Si algo concreto señalara antes de cerrar este

trabajo, me fijaría en el modo concienzudo de Varona, en su probidad científica. Alguien ha dicho, certeramente, que hay en esa actitud del espíritu, es decir, en esa seriedad intelectual, un elemento ético de subido valor. Por ahí tenemos que anotarle a Varona un considerable servicio.

Por último, aquel divorcio de la cultura y la vida, que observa Ortega y Gasset en *El tema de nuestro tiempo*, no ocurre en el pensador cubano. La consistencia es nota de su obra y lo es también de su vida. Su vida concuerda con su obra escrita.

Muchos, ya se sabe, dicen: Sí, los libros, las doctrinas, los valores; eso es cultura. La realidad de cada día, impetuosa, llena de tentaciones, es otra cosa. Lo primero es lujo (o arma) de la mente; lo segundo es el coro de las oportunidades. Principios a un lado, y bienestar a otro. Y este último, al precio que sea.

De 1880 a 1933, el pensamiento de Varona, en la cátedra, en la tribuna, en el libro, condenó ese modelo de inferioridad.

Se terminó de imprimir este libro el día
5 de Abril de 1945, en los talleres de
la Editorial Stylo, Caso y Cía. de S. R. L.
Durango 290. México, D. F.



LISTA DE JORNADAS PUBLICADAS

1. José Medina Echavarría. *Prólogo al estudio de la guerra* (agotado).
2. Tomás Sánchez Hernández. *Los principios de la guerra* (agotado).
3. Jorge A. Vivó. *La Geopolítica* (agotado).
4. Gilberto Loyo. *La presión demográfica* (agotado).
5. Antonio Caso. *Las causas humanas de la guerra.*
Jorge Zalamea. *El hombre, náufrago del siglo xx.*
6. Vicente Herrero. *Los efectos sociales de la guerra* (agotado).
7. Josué Sáenz. *Los efectos económicos de la guerra.*
8. Manuel F. Chavarría. *La disponibilidad de materias primas.*
9. Manuel M. Pedroso. *La prevención de la guerra.*
10. D. Cosío Villegas, E. Martínez Adame, Víctor L. Urquidi, G. Robles, M. Sánchez Sarto, A. Carrillo Flores, José E. Iturriaga. *La postguerra.*
Alfonso Reyes, D. Cosío Villegas, J. Medina Echavarría, E. Martínez Adame, Víctor L. Urquidi. *La nueva constelación internacional.*
11. Raúl Prebisch. *El patrón oro y la vulnerabilidad económica de nuestros países.*
12. José Gaos. *El pensamiento hispanoamericano.*
13. Renato de Mendonça. *El Brasil en la América Latina.*
14. Agustín Yáñez. *El contenido social de la literatura iberoamericana.*
15. José E. Iturriaga. *El tirano en la América Latina.*
16. Javier Márquez. *Posibilidad de bloques económicos en América Latina.*
17. Gonzalo Robles. *La industrialización en Iberoamérica.*
18. Vicente Herrero. *La organización constitucional en Iberoamérica.*
19. M. F. Chavarría, A. Pareja Díez-Canseco, M. Picón-Salas, J. A. Portuondo, L. Alberto Sánchez, J. Vasconcelos, Jorge A. Vivó, J. Xirau. *Integración política de América Latina.*
A. Castro Leal. *La política internacional de América Latina.*
20. Francisco Ayala. *Ensayo sobre la libertad.*
21. J. A. Portuondo. *El contenido social de la literatura cubana.*
22. Antonio García. *Régimen cooperativo y economía Latino-Americana.*

23. Jesús Prados Arrarte. *El plan inglés para evitar el desempleo.*
 24. Florián Znaniecki. *Las sociedades de cultura nacional y sus relaciones.*
 25. Renato Treves y Francisco Ayala. *Una doble experiencia política: España e Italia.*
 26. John Condliffe. *La política económica exterior de Estados Unidos.*
 27. A. Carneiro Leão. *Pensamiento y acción.*
 28. Antonio Carrillo Flores. *El nacionalismo de los países latinoamericanos en la postguerra.*
 29. Moisés Poblete Troncoso. *El movimiento de asociación profesional obrero en Chile.*
 30. José María Ots Capdequi. *El siglo XVIII español en América.*
 31. Medardo Vitier. *La lección de Varona.*
-
-

ALGUNAS PUBLICACIONES DE EL COLEGIO DE MEXICO

CENTRO DE ESTUDIOS LITERARIOS

- Alfonso REYES, *El Deslinde, Prolegómenos a la teoría literaria.*
Enrique DÍEZ-CANEDO, *Juan Ramón Jiménez en su obra.*
Enrique DÍEZ-CANEDO, *Letras de América.*
Alberto JIMÉNEZ, *La ciudad del estudio.*
Alberto JIMÉNEZ, *Selección y Reforma.*

CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS

- Carlos BOSCH GARCÍA, *La esclavitud prehispánica entre los aztecas.*
Ramón IGLESIA, *El hombre Colón y otros ensayos.*
José María MIQUEL I VERCÉS y Hugo DÍAZ-THOMÉ, *Escritos inéditos de Fray Servando Teresa de Mier.*

Distribución exclusiva:
FONDO DE CULTURA ECONOMICA
Pánuco, 63 - México, D. F.